

Papel para aviones



Antología de cuento y poesía
Maestría en Escritura Creativa

UNMSM – Base 2019



Handwritten signature

Papel para aviones

Antología de cuento y poesía
Maestría en Escritura Creativa

UNMSM – Base 2019



© Rubén Barcelli, Renán Barrio de Mendoza, Jaime Cabrera, Tálfa Coloma, José Fernández del Río, Marco Antonio Fernández, Ana María Hernández, Daniel Lauz, Susan Lobato, Joel Mallma, Lisby Ocaña, Aarón Ormeño Hurtado, Bryan Paredes, Sebastián Reyes, Manuel Terrones, Jhemy Tineo Mulatillo, Luis Torres Montero, Antonio Vargas Altamirano, Alonso Yzasiga, Wendy Castillo, John Durand, Yared Medina, Tamara Paloma.

© *Papel para aviones*

Antología de cuento y poesía

Maestría en Escritura Creativa

Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Base 2019

Primera edición. Lima, diciembre de 2020

© 2020, Academia Peruana de la Lengua

Jr. Conde de Superunda N.º 298, Lima, Perú

Telf. (511) 428-2884

academiaperuanadelalengua.apl@gmail.com

Edición, diseño y maquetación: Rubén Barcelli

Ilustración de cubierta: Luis Torres Montero.

Concepto creativo de cubierta: Lisby Ocaña, José Fernández del Río,
Luis Torres Montero y Rubén Barcelli.

Idea original del título *Papel para aviones*: Manuel Terrones.

Corrección de estilo: Ana María Hernández y Susan Lobato.

Fotografía de solapa: Marianela Crespo del Río.

ISBN: 978-612-4159-72-5

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2020-10080

Tiraje: 500 ejemplares

Impreso en Perú por Gráfica Bracamonte

Calle Eloy Ureta N.º 076

Urb. El Mercurio, San Luis. Lima

Telf. 326-4440

RUC: 10082338212

Prohibida su total o parcial reproducción por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma sin autorización expresa de la casa editorial.

Índice

<i>La Escritura Creativa de hoy</i>	
Marco Martos Carrera	07
Rubén Barcelli	10
Renán Barrio de Mendoza	20
Jaime Cabrera	28
Talía Coloma	36
José Fernández del Río	42
Marco Antonio Fernández	50
Ana María Hernández	58
Daniel Lauz	68
Susan Lobato	76
Joel Mallma	86
Lisby Ocaña	94
Aarón Ormeño Hurtado	102
Bryan Paredes	112
Sebastián Reyes	120
Manuel Terrones	126
Jhemy Tineo Mulatillo	132
Luis Torres Montero	140
Antonio Vargas Altamirano	150
Alonso Yzasiga	158

Invitados

Wendy Castillo	170
John Durand	174
Yared Medina	180
Tamara Paloma	186

La Escritura Creativa de hoy

A la luz de lo que sabemos ahora siempre será un misterio saber cómo llegaron a ser tan originales Homero o Cervantes o Shakespeare o Vallejo. ¿Cómo aprendieron? ¿Cómo alcanzaron esos logros literarios que prevalecen a pesar del tiempo transcurrido? Escudriñar en sus respectivas biografías da algunas pistas, siempre insuficientes para explicar el prodigio creativo que fue cada uno de ellos. Tengo para mí que ellos tuvieron, como lo dice Vallejo en uno de sus más hermosos poemas, cuatro conciencias, atentas todo el tiempo al fenómeno de la creación. Tenían su propio taller literario mental, donde alternativamente eran autores o lectores o personajes o críticos y sumando todos esos puntos de vista en un solo haz escribieron lo que les conocemos y que les ha dado justa fama. Eran, como se dice, individuos geniales, como lo fue la monja mexicana Juana Inés de la Cruz o la poeta de los Estados Unidos Emily Dickinson.

Poetas y narradores hubo siempre, pero la universidad no ha sido amable con ellos. Se argumentaba que la literatura es objeto de estudio para el mundo académico, pero que no es tarea de la universidad fomentarla. Esto se ha dicho en San Marcos, una universidad que literalmente, entre sus tareas enseña a producir pan y panetones, y con frases rimbombantes durante muchos años no dio cobijo a los creadores. Hasta

que apareció la voz de un maestro, Wáshington Delgado, quien con su intuición y su inteligencia promovió los talleres literarios como cursos electivos en la especialidad. Se crearon entonces talleres de poesía, narrativa y guiones que siempre tuvieron alumnos voluntarios, que elegían llevar esas materias, y ganaban créditos en el rubro de los cursos electivos.

Al empezar el nuevo milenio pudimos delinear por cuenta propia en la Facultad de Letras, una maestría de Escritura Creativa. Fuimos avanzando poco a poco, sabiendo sobre todo de la existencia de maestrías similares en muchos lugares de Estados Unidos, principalmente en la Universidad de Columbia, donde se había graduado Arthur Miller, y la Universidad de El Paso, acogedora para muchos peruanos de la Universidad de San Marcos. Tuvimos dos promociones destacadas en la primera década del nuevo siglo y tras algunos sinsabores administrativos que no nos arredraron pudimos en 2015 reanudar con brillo nuestras actividades.

Tal como está diseñada ahora, la maestría imparte información sobre poesía, narrativa y guiones. Los que acuden son egresados de diferentes carreras o especialidades y tienen cierta experiencia cuando llegan a las aulas. Practicamos hasta donde podemos la horizontalidad y el trabajo colectivo que respeta al autor del texto, pero que da licencias a todos los asistentes para intervenir en el texto del compañero. Los estudiantes preparan una tesis con la que se gradúan, pero la porción más importante de ella, es la creación misma.

Ahora presentamos una muestra del trabajo literario de los alumnos ingresantes en el año 2019 y que en un año más serán nuestros egresados. Ellos son Rubén Barcelli, Renán Barrio de Mendoza, Jaime Cabrera, Talía Coloma, José Fernández

del Río, Marco Antonio Fernández, Ana María Hernández, Daniel Lauz, Susan Lobato, Joel Mallma, Lisby Ocaña, Aarón Ormeño Hurtado, Bryan Paredes, Sebastián Reyes, Manuel Terrones, Jhemy Tineo Mulatillo, Luis Torres Montero, Antonio Vargas Altamirano y Alonso Izasiga. Ellos han invitado a esta antología a personas que nos han acompañado algunas semanas o algún semestre en nuestras pláticas, Wendy Castillo, John Durand, Yared Medina y Tamara Paloma. Lo que puedo decir de este conjunto de escritores con los que he compartido un año de veladas muy buenas para mí y tal vez para ellos es que siempre los voy a extrañar. En pocos grupos he visto a lo largo de toda mi carrera universitaria, que la literatura está viva no solo en lo que escriben o leen, sino en los ojos, en esa alegría de vivir hechizados por la palabra.

Marco Martos Carrera

Lima, 21 de marzo de 2020

Día de la Poesía

RUBÉN BARCELLI

Es editor, escritor y periodista. Ha dirigido diversas publicaciones durante sus quince años de trayectoria profesional. Uno de sus cuentos formó parte de la antología *Estática doméstica: tres generaciones de cuentistas peruanos (1951-1981)* (UNAM. CDMX, 2005); y uno de sus microrrelatos integró la *Antología de microficción narrativa: 400 de los mejores cuentos hiperbreves* (Ediciones Bagua. Barcelona, 2016). Es fundador de la Escuela de Edición de Lima y actualmente es director de contenidos de la Editorial Milojas. Cursa la maestría de Escritura Creativa en la UNMSM.

Café Zeta

Mariale prueba un poco de Nutella y lee un libro. Había llegado mucho antes de la hora acordada para escoger la mesa en donde habrían de reunirse. Era evidente que se había vestido así para que él la notara: usa un saco negro sobre una blusa blanca ceñida al torso. Su falda es gris y mantiene una altura de tres dedos sobre las rodillas (no se explica por qué aún sigue cumpliendo con esa regla, a pesar de que la odiaba cuando se la exigían las monjas en el colegio), también pantimedias negras con tramas verticales y botas negras. Las piernas cruzadas mientras acaricia su chalina turquesa, lo único de color en su atuendo. Mateo aparece en el Café Zeta. Luego de intercambiar miradas y sonrisas, Mariale coloca un marcador turquesa en una página aleatoria del libro antes de cerrarlo, a la vez que Mateo se acerca a ella sorteando el recorrido de los mozos.

—Es muy bueno... No, miento —Mariale se corrige al instante, ruborizada— Es un libro increíble —le dice mientras acaricia la cubierta de *Prosas apátridas*.

—Lo sé, lo leí hace algunos años.

—Es el primero de Julio Ramón Ribeyro para mí.

—En mi caso se trató del último, lo pedía prestado en la biblioteca de la universidad... entre clases lo único que hacía sin descanso era leer.

Mariale se percata de lo poco que ha leído en su vida y que ha desperdiciado demasiado tiempo en irrelevancias. Escribe en su cuaderno: “Mariale, tienes que leer un libro al mes... ¡Mínimo!”.

—Tengo algo que te puede interesar —le advierte mientras cierra el cuaderno.

—Me alegro de haberte contratado, tengo muchas ganas de ver la propuesta de la decoradora de moda en Lima.

Mariale coloca la novela de Mateo sobre la mesa, y él la mira con desconfianza, como si se tratara de un libro que hubiera sido escrito por alguien más. Las páginas están bastante manoseadas y con tal cantidad de *post it* adheridos que se cansa de contarlos con los ojos. Cada uno sirve para acuñar comentarios, preguntas o reflexiones que se desprenden de alguna línea o párrafo marcado por Mariale con su resaltador turquesa.

—Antes de presentarte mi propuesta para decorar tu departamento, quisiera hacerte algunas preguntas. Para crearte un espacio primero tengo que conocerte, al menos un poco, como tú mismo me dijiste, ¿recuerdas?

Mateo asiente con la cabeza, pide un café expreso y un vaso con agua helada. Mariale se sienta bien derecha, apoyando la punta del lapicero sobre el cuaderno. Lo observa muy atenta, casi sin pestañear y piensa: los hombres se desconciertan cuando tenemos el control.

—¿Quisieras que tu departamento luzca igual que el de Nikki?

—¿Te refieres al que alquilan juntos en Palma de Mallorca o al de Lima?

—El que comparten en Barranco, al principio de la historia...

Mariale se pone los anteojos y halla una página guiándose por uno de los *post it*:

Desperté en el departamento de Nikki. Durante aquella mañana estuve marmoteando en su cama hasta que ella despertó. Yo me hacía el dormido. Se puso lo primero que tuvo a la mano y cerró la puerta muy despacio. Apenas se fue, abrí los ojos. Su olor levitaba en la habitación, en las sábanas y en las almohadas blancas. En la cocina solo había fruta podrida, tallarines, una lata de duraznos al jugo, un par de cervezas y algunos platos sucios que flotaban en el lavadero. Aquel desorden me hizo sentir muy cómodo. Pensé en preparar los tallarines, aunque recordé que no tenía idea de cómo hacerlos. Opté por los duraznos, pero no encontraba el abrelatas. Alguien abrió la puerta... unos pasos...

—¡Darío!... ¿Dónde estás?

Nikki trajo panes, jamón, jugo de naranja, una cajetilla de Marlboro y café para pasar.

—¿Desayunamos en la terraza? —me preguntó.

Luego de que ella colocara la cafetera italiana sobre el fuego, nos mantuvimos callados hasta que noté que abría el pan con la mano. Fui a la cocina y regresé con un cuchillo.

—No lo necesito, gracias. No hay motivo para abrir un pan francés con el cuchillo, por eso tiene una franja hundida en medio que lo atraviesa, ¿ves? —dijo partiéndolo en dos y llevándose una migaja a la boca.

Dejé el cuchillo sobre la mesa y disfruté de la vista, como ella. El mar se podía ver a la derecha del firmamento, entre dos edificios.

—Mira, allá está el...

—Sí —me interrumpió— a veces se puede ver un poco del mar cuando no está nublado.

Disfrutamos durante un instante de ese pequeño pedazo celeste que, a lo lejos, reverberaba por el sol de la mañana. Nikki tomó un cigarrillo. Justo antes de acomodarlo en los labios, yo ya había colocado la pequeña llama flameante a sus órdenes. Me agradeció con una sonrisa, aspiró con delicadeza y lanzó un humo delgado, casi instantáneo.

—Sabes, no pareces el mismo de ayer. Eres otro, ahora siento que me gustas todavía más.

—Anoche... no sé, es como si acabara de salir de una pesadilla. Nikki tenía un estilo tan sofisticado para fumar.

—¿Puedo?

—Claro, los que quieras.

Era consciente que la nicotina y el alquitrán me producirían un cáncer fulminante en el futuro, pero aun así lo encendí, provisto de una valerosa ingenuidad infantil, como si hubiera cometido la primera travesura de mi vida. Nikki me miró como nadie lo había hecho jamás, como si estuviera descifrando lo que yo sentía en aquel instante o como si se hubiera sentido así alguna vez. Entonces, dejó el cigarrillo en el cenicero, acercó su rostro al mío y abrió cuanto pudo sus ojos almendrados.

—La pesadilla aún no ha terminado, Darío... Todavía te falta algo por hacer.

Noté que la cafetera había comenzado a hervir y serví café para ambos.

—A mí también me encanta el café pasado...

—¡No me cambies de tema!

Mateo interrumpe la lectura.

—Me gustó escribir esa parte, es uno de mis capítulos preferidos.

—Pudiste haber elegido cualquier espacio en cualquier parte del mundo para esta historia, ¿por qué escribiste sobre un departamento en Barranco y, años después, te compras uno casi igual para ti?

—Es el lugar en donde siempre quise vivir, aunque está incompleto.

—¿Por qué, Mateo?

—¿Por qué, Nikki? —le respondí— No era mi intención cambiar de tema... solo que no recuerdo bien lo que ocurrió, me asedian algunas imágenes y conversaciones, pero nada más.

—Nos conocimos en un bar, te acercaste a mi mesa y nos preguntaste de qué país éramos y si hablábamos español. Mi amiga se burló de ti, pero yo sí te respondí... lo hice para que no regresaras derrotado a la mesa de tus amigos. Y me dijiste que querías bailar conmigo y eso de que bailar con alguien es más íntimo que hacer el amor. Por tu culpa dejé a mi amiga sola en el bar y ahora me debe estar odiando. Nos fuimos al Sargento y bailamos una canción de The Smiths...

—*Bigmouth Strikes Again*, eso sí que lo recuerdo muy bien —respondí—. Quise darte un beso, pero me rechazaste... tomaste mi mano y vinimos aquí.

—Porque está vacío, no quiero rellenarlo solo con cosas mías... el de Nikki tiene un tocadiscos, muebles antiguos restaurados, libros apilados por todas partes, pinturas incompletas, pinceles desperdigados en la sala y en su habitación... Tú solías pintar, ¿cierto, Mariale?

—¿Cómo sabes eso?

—Te lo preguntaron hace algunos años en uno de esos programas pseudointelectuales de entrevistas en el cable. Quisiste estudiar arte, pero finalmente ingresaste a la facultad de arquitectura.

—¿Cómo lo recuerdas?... A veces es difícil hacer lo que te gusta, ¿no? Extraño mucho pintar, aunque sigo tomando fotografías.

—Bebimos varias botellas de vino en la sala, me mostraste tus pinturas: la de tu abuelo leyendo el periódico en la cocina; otra de tu perro tomando una siesta bajo el sol de la tarde; y había una muy grande, un autorretrato: la noche de tu fiesta de promoción, tenías un vestido turquesa y te mirabas al espejo.

—Quise saber más de ti cuando te vi en ese programa, pero no había mucha información disponible. En esa época, internet no era lo que es ahora, entonces tuve que preguntarle a algunos contactos que tenemos en común.

—Me halagas, ¿y qué lograste averiguar?

—No habías terminado la universidad y ya trabajabas con clientes muy importantes. Y estabas por viajar a Estocolmo para estudiar una maestría.

—Me contaste que tienes programado un viaje en unos días. Que te ganaste una beca muy difícil de obtener, y que acababas de tomar la decisión de no aceptarla porque me habías conocido a mí —me dijo Nikki sorbiendo un poco de café.

—Quiero quedarme contigo.

—Me fui y me enamoré de un chico allá, nos íbamos a casar, pero todo terminó.

—¿Lo dejaste? ¿Él te dejó a ti? —pregunta Mateo.

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

Mariale toma la taza de Mateo y bebe lo que quedaba de su café mientras permanece mirándolo a los ojos.

—Simplemente me desconecté y creo que él también. Al principio no nos podíamos dejar de tocar, queríamos estar todo el tiempo juntos, pero luego dejamos de hablarnos por días, por semanas. Cuando terminó la maestría me llamó para despedirse y ya, no hemos vuelto a tener contacto.

—No quiero que te quedes solo porque nos acostamos anoche —me respondió Nikki, mirando hacia ese pequeño pedazo de mar brillante.

—Mariale, tú eres Nikki —Mateo abre cuanto puede sus ojos tristes— Escribí ese personaje imaginándote viviendo conmigo en un departamento que no tenía... ya lo compré, ahora solo faltas tú.

—¿Te sientes solo, Darío?

—Cuando te fuiste esta mañana por las compras del desayuno, experimenté algo muy placentero estando aquí... es la primera vez que no me siento solo en toda mi vida, no necesito nada más. Acabo de entenderlo, eso es el amor... quiero despertarme contigo.

—¿Te sientes solo? —preguntó Mariale.

Mateo toma la mano de Mariale y los dedos de ambos se entrelazan.

—Ya no.

Velódromo

«Bienvenido a mi mundo. No es grande, pero al menos gira»

Alberto Fuguet

Aluminio contra titanio
sobre la ondulada
superficie
y en pendiente
olas tersas y congeladas
en un mar oval artificial
dentro de un ecosistema hermético
con un cielo de ficción.

Atletas de hierro y sangre
lo dominan
pedalean furiosos
se persiguen eternamente
condenados entrelazados
en el circuito universal
en este torrente
que nunca se detiene
y prevalece.

Es energía es luz es alivio
ante la desesperanza.

Los domingos

Me quitaste los domingos
en el parque en la playa
con mis hijos
la brisa no los despeina
los helados no se derriten en sus bocas.

Pero hay otros
que perdieron mucho más
Otros de otros
los que no están
y les pertenecen.

Otros
y sus carnes se pudren
en lo soterrado
sus ojos vacíos
mientras en el terraplén se abren los tulipanes.

Esos los que nos hacen falta.

RENÁN BARRIO DE MENDOZA

Nació en Lima por equidistancia, padre arequipeño y madre trujillana, un año que se perdió en el recuerdo. Egresado de la Universidad Nacional de Ingeniería e investigador en metalúrgica extractiva y procesamiento de minerales. Premio Nacional de Minería y escritor de catacumbas. Tres novelas y dos libros de cuentos terminados e inéditos. Estudiante de la maestría de Escritura Creativa en la UNMSM.

Un don incierto

Diferentes en la vida, los hombres son semejantes en la muerte.

Lao Tsé

¡Qué fastidio! Estoy a punto de partir y no tengo cómo escapar de tanto ruido.

Tengo un superpoder, si así puede llamarse a este “don” que cargo como tortura. Apareció de la nada después de cumplir los treintaitrés. Llevaba tres años de casado con Lisa. Regresábamos de una de sus fiestas. Ya en casa, le respondí un comentario sobre su amiga Jennifer. Esa perra maldita, me dijo, tratando de quitarme a Todd. ¿Qué dices? Si yo no me le acerqué en ningún momento.

Lisa se quedó de una pieza, yo no he dicho nada, me repuso. ¿Cómo que nada?, le estabas llamando perra a Jennifer y encima me involucrabas. Yo no dije nada, me volvió a decir. Entonces cómo te escuché. No lo sé, ¿acaso puedes leerme la mente? ¿Qué dices?, no echas broma. Te escuché claramente. Yo no dije nada, pero sí lo pensé, además, ¿por qué siempre te cruzabas con ella? En ningún momento me fijé en ella. ¡Mentiroso! Me gritó. Yo no soy un mentiroso, respondí en mi defensa. ¿Por qué me dices eso?, preguntó. Porque tú me acusas de mentiroso y yo no miento. ¡Yo no dije eso! Y entonces, ¿lo he inventado? No, lo pensé pero no lo dije. Así empezó todo, de pronto comencé a leer la mente, no solo la de mi esposa

sino de todo aquel que se encontrara cerca. Al principio, como todo lo nuevo, lo asumí con curiosidad, pero después vinieron las complicaciones. A Lisa le desesperaba que conociera sus pensamientos y captara sus mentirillas, nada grave, pero no podía ocultar ningún secreto, y eso la exasperaba.

Por suerte, tuve una idea providencial. Como conocía cada uno de sus gustos y debilidades, empecé a traerle regalos que no esperaba, pero que ansiaba. Esto provocó que viera el lado positivo de mi don y poco a poco llegara a adaptarse; su esposo, de pronto, la engreía tal como lo deseaba.

Mi matrimonio volvió a alcanzar el equilibrio y hasta rescatamos la felicidad que habíamos olvidado. Sin embargo, esta paz en el hogar tenía un precio, los regalos no eran gratuitos y tenían que ser solventados. Por suerte, en el trabajo, comencé a ascender rápidamente. Todos se preguntaban cómo era que adivinaba cada uno de los deseos de mi jefe aún antes que los hubiera expresado. Nadie sospechaba que podía leerle la mente y tampoco lo iba a decir.

Pero los beneficios no fueron los únicos que surgieron de mi don, pronto vinieron las molestias y, conforme estas se repetían, los dolores infames de cabeza. Las palabras se agolpaban en mi cerebro cuando me encontraba en espacios concurridos, era tal el bullicio que, aun tapándome las orejas, podía evitar la recepción de tantos pensamientos. Por eso huía de las muchedumbres y de los espacios cerrados. Aguantaba apenas el trabajo de oficina y cuando era posible, buscaba concluir el trabajo en casa.

Así estaba cuando me propusieron ir a Italia como encargado de la oficina en Roma. Podría convertirse en una solución momentánea, el problema se reducía cuando escuchaba

idiomas desconocidos, ya que solo me llegaba el sonido pero no la crudeza de los pensamientos. Acepté inmediatamente, solo tenía que viajar a California para cumplir con una reunión preliminar y volvería a Nueva York para viajar finalmente hacia el nuevo futuro.

Ahora estoy esperando mi avión. El aeropuerto está alborotado y me cuesta soportar tanta información junta. Mi vuelo se está demorando, me gustaría cancelar, no aguanto el ruido. Trato de distraerme mirando a cuatro extranjeros que me llaman la atención, dos estaban en la sala de espera antes, pero aislados y los otros dos llegaron juntos. Piensan en árabe y no les entiendo. Me interesan tanto que he optado por enfocar sus pensamientos, es una técnica que desarrollé hace poco y me ayuda a reducir la presión, lamentablemente me agota demasiado. No entiendo lo que dicen, pero parece que dos están rezando letanías, invocan a menudo a Alá, una palabra que reconozco. No lo sé, no me dan buena espina, se ven algo agresivos.

Nos están llamando, Vuelo 93 de American Airlines. Al fin. Me revisan rápido y entro. Me ubico en mi asiento al final de primera. Los árabes también están aquí y se sientan en las cuatro butacas de la fila delantera, definitivamente van juntos. Ya estoy preocupado, uno escucha muchas cosas sobre los árabes y, además, estos se comportan de manera sospechosa. Uno de ellos sigue implorando a Alá, no entiendo lo que piensan los otros, pero logro percibir oscuras intenciones. El avión parte ahora, qué hago, todo esto es muy raro pero me tranquilizo recordando que nuestros aeropuertos son los más seguros. Los escucho cada vez más agresivos, todos llaman a Alá, no hablan entre sí pero a menudo se lanzan miradas. Escucho una palabra

dicha con un fervor violento, *yihad*, sé de qué se trata. Qué hago, ahora estoy convencido de que planean hacer algo malo. Trato de hablar con la azafata pero, sin que lo espere la cogen y la amenazan con unos cuchillos y un cúter. Uno de ellos se vuelve hacia nosotros mostrando un cuchillo de cerámica. Percibo su decisión y también el miedo a pesar de su insania.

Penetran a la cabina, no entiendo cómo les abrieron así de fácil. Escuchamos ruidos, nos ordenan que nos alejemos, uno de nosotros se opone y recibe unos cortes. Se encierran en la cabina. Esto es un secuestro. Uno de ellos habló de bomba pero no es cierto, lo sé, he escuchado lo que pensaba mientras hablaba en inglés.

Ahora nos juntamos, algunos han averiguado por sus celulares que están estrellando aviones en el World Trade Center. Tenemos que hacer algo, no se trata de un simple secuestro. Tratamos de romper la puerta con el carrito de servicio. Los escucho dudar, su miedo se incrementa, los escucho decir *crash*, en inglés. ¡Demonios! ¡Qué hago! El avión está cayendo en picada, esto es el final, nos agarramos como podemos. El fin que se acerca. De qué me vale leer las mentes si no entendí ni una puta palabra. Si hubiera una próxima, aprendería árabe, o tal vez seguiría mis impulsos y cancelaría el vuelo. Si hubiera otra oportunidad.

Minimalismo 1

Me desperté difícil por la mañana
Me vestí lentamente de pasado
Y salí a subvertir el futuro
La rutina de siempre

Minimalismo 14

Disculpa mi atrevimiento
Traté de evitarlo y no lo pude
Miré a otro motivo con mi faz de arrepentido
Disfrazando mis intentos
entre engaños deshonestos
Pero mis ojos sinceros me volvieron a lo cierto
Y se fijaron tajantes en tu escote
Y en la magia naciente de tus senos

Lima 1987

Miro las distancias que me salvan
No se apartan demasiado y solo afirman que no he muerto
Las alarmas no se escuchan acalladas por las bombas
Aparecen los destellos y los ruidos pertinentes
tan actuales y frecuentes que no aterran
La costumbre me domina y me impresiona
más allá, los cuerpos destrozados llorarán por su sentencia
y yo me aparto intentando que se alejen sus lamentos
trato de hallar en mis reparos un alivio traicionero
Qué ha pasado, en qué me he convertido
Cómo he confundido la tragedia
con vacíos de conciencia
Para evitar cuestionamientos llamo a mi inocencia
Me permito reclamar mi no implicancia
Soy iluso, la tragedia no aísla voluntades
Un muerto es parte nuestra aún sea un ignorado
Somos todos culpables
No hay perdón por permitirlo
Somos parte y somos nexos
de la cruel pesadilla que involucra
no importa si apoyamos o marcamos la condena
recubiertos de falaz ideología
pues no hay color en la violencia
solo víctimas.

JAIME CABRERA

Periodista y gestor de la web *Lee por gusto*. Coordina el área de Promoción Literaria de la Casa de la Literatura. Sus reseñas de libros, artículos y entrevistas han aparecido en los diarios *El Comercio* y *Perú21*, como en la revista *Buensalvaje*.

Un varón, carajo

La oscuridad invade la estrecha celdilla donde descansas. Tus hijos lloran, uno de tus nietos grita tu nombre y apellido. “¡Presente!”, responden. Y nuevamente el mismo lamento. Lo intentas, mas no puedes abrir los ojos. No es una pesadilla. Los escuchas cada vez más lejos, rodeado de madera y cemento. Intentas moverte. Tu cuerpo no responde.

Las sábanas frías fatigan tu piel estragada. Te has incorporado y, a través de la ventana, observas la idolatrada montaña de tu ciudad adoptiva: nieve que se derrite y cae como lágrimas, faldas grises que contemplas cada mañana al ir al trabajo. Abres los ojos, el menor de tus hijos te observa con expectativa. Se ha quedado a dormir en una cama contigua y se le ve agotado. Es posible, entonces, que mejores, que aquella caída en el patio helado haya sido una señal de la muerte lejana.

Cinco, seis, siete monedas falsas. No dependes de las ganancias, por eso no te importa que los niños te engañen cada vez que vas

al colegio a vender. Ayer les cortabas el cabello al rape y alquilabas cómics en tu propio espacio, hoy les ofreces lapiceros en forma de cigarrillos y otras curiosidades que te envían desde Lima. Caminas tan rápido que tu nieto costeño y poco habituado a la altura se queda rezagado. Entrás en tu peluquería y te das el gusto de pasarle la máquina y peinarlo como hiciste con su padre. Los hombres usan el pelo corto. Siempre.

Es el año 2000. Has logrado tu propósito. Es la llegada de un nuevo siglo y te parece un sueño ser testigo del acontecimiento. El mundo sigue en pie y el hombre aún no puebla otros planetas. Pero hace más calor y el hielo del volcán casi no se ve. No es el apocalipsis, solo hay un desfase informático por el cambio de números. La pirotecnia colorida y ruidosa estalla en el cielo. Te abrazan, te hacen recordar tu vieja añoranza cuando eras un simple pastor de ovejas. El siglo pasado fue tuyo, este milenio es ajeno. ¿Habrà cura para estas enfermedades malditas? Ella, tu mujer, ha muerto sin haber conocido a gran parte de sus nietos. Las conversaciones de cementerios son apenas acercamientos simbólicos.

Ayudas con la fragua a tu padre, previamente pasteaste a las ovejas y les diste de comer. Con tus hermanos mayores cosechan maíz. Maíz de granos blancos y gigantes. “De grande quiero manejar un avión”, escribes en tu cuaderno. Los días son largos e inmensos como el firmamento que observas desde la cruz

que protege al pueblo. Mientras te deslizas en cuatro patas, tus hermanos juegan con una pelota hecha con pancas de choclo. La vida consiste en expulsar llanto y secreciones. Mueves las manitas y balbuceas en un lenguaje que solo tú entiendes. Lloras, duermes y tomas leche. Tu padre se emborracha en tu honor. Un varón, carajo.

Manecillas

Navego en tus ansias
sin plan ni horarios.
No es más que voluntaria entrega.
Es aroma marino que asoma intruso
Quebrando todo impulso y arrastrándonos
en sus aguas traviesas.
Son olas naufragables
espacios colmados de ausencias.

Mis dedos marcan círculos
en tus formas combas
que
caen.
Mis dedos tocan cuerdas
desatan nudos
Tocan el punto indivisible,
el que baja la guardia,
el que grita
mientras alumbran las tinieblas.

Cierro los ojos para verte en otro espacio
Para quebrar el tiempo
cancelar la alarma que exclama
Mientras las cortinas
atravesadas
por una luz licenciosa
alumbran la agitada lucha.
Son estas las evidencias
de una plácida contienda.
Solo hay vapores y caos controlado
donde dos muertos tibios yacen.

Rendido placer lustroso
en la mañana de bocina,
de motores apremiantes.
Toca despertarnos y caminar
al ritmo del reloj tirano.

Azulino ron

Cada quien posee
su porción de soledad
su metro cuadrado de misterio,
un margen para la imaginación
y un lado oculto que emerge en escena postrera.

Mas a veces cada porción se torna huérfana
y la compañía es inevitable anhelo,
alguien emprende la búsqueda
sale de su caverna y descubre isla nueva,
se muestra sin filtros
se desnuda inconsciente.
Nuestra propia isla se hunde a veces
nos develamos sin la lengua,
porque nos place la arena nueva.
Pero hay incursiones fallidas
porciones que se derriten
velas encendidas que arden
junto con estas palabras de azulino ron.

Los finales

Los finales no se anuncian
solo llegan.
no son trágicos
solo caen.
Si portáramos una brújula
quedarían ríos misteriosos
no surcaríamos otras sombras
solo miraríamos las nubes.

Los finales precipitan historias
algunas breves
otras extendidas
por corrosivas anclas.
La disolución nunca es completa
falta acaso un elemento
quizás dos o tres.
Hay almas invariables
que se extinguen en el regazo
que huyen sin los pies.

Los finales no se entienden
saltan vallas solitarias
destrozan diarios
incendian alfabetos.

Los finales no se prevén
nos tuercen
es inútil gambetearlos.
Es mejor un largo adiós
que un abrazo furtivo
que gritos estentóreos.
Los finales no se explican
solo ocurren
y son
tristes
inevitables
comparables al silencio contenido
pero mejor que nocivos silabeos,
que grietas ácidas.

Los finales solo rematan
un relato
una historia.
Los finales abiertos despiertan rendijas,
vanos anhelos degradables.
son martilleos súbitos
mejores que caricias de humo.
Los finales solo se imponen
no se evitan.

TALÍA COLOMA

Artista escénica y educadora por la PUCP. Formada como Terapeuta de Artes Expresivas. Actualmente es estudiante de la maestría en Escritura Creativa en la UNMSM.

San Bartolo

El mar entre San Bartolo y Pucusana se ofrece calmado. El cielo amaneció despejado. Hace frío. La caleta de San Bartolo celebra a San Pedro y los botes desde un día antes se han balanceado al compás del suave oleaje. Sobre el Yengle 1 un pelícano contempla a seis pajarillos que lo observan en la popa. Parecen absortos frente al tamaño del ave, absortos frente a su gran pico. Los restos de una red antigua anudada a una boya mece el bote como un largo brazo y los ojos del pelícano se entrecierran, dando una sensación de tiempo detenido a voluntad del ave: amo y señor del balanceo, de la mirada, de la eternidad atrapada en el vaivén de las olas. Hasta que el primer pescador llegue anunciando el comienzo de la celebración.

El loco —así lo llaman— se alista desde temprano, luego de volver del mar. Mientras se mira en el espejo, en su mente aún permanecen los recuerdos de los viajes en grandes embarcaciones, mar adentro, llenando los depósitos con toneladas de peces. En su memoria guarda la imagen de los peces agitándose, moviéndose desesperadamente, aferrándose a lo que les queda de vida. Sobrevivir. La baja temperatura de la mañana lo transporta nuevamente a la embarcación donde el frío calaba los huesos, sobrecogiéndolo a todos, tomando los cuerpos de los pescadores. Algunas veces —al inicio— el frío tomaba al loco por la tibia, otras veces por las rodillas o la

nuca. Nunca sabía por dónde llegaría, hasta que con el paso del tiempo lo entendió. Entendió que el frío, tal vez al saberse solitario y lejano en medio del mar, no los dejaba dormir, para no pasar inadvertido. Al verse descubierto —él pensaba que esta era la razón de sus males— el frío se instaló en sus brazos, entumeciéndolos con frecuencia. Así lo comentaba ante las miradas burlonas de los demás pescadores que, junto con sus memorables peleas con cualquiera que intentara enfrentarlo —él, a la menor duda, blandía un largo cuchillo con mango blanco— dieron lugar a su sobrenombre: El loco. El entumecimiento hizo cada vez más difícil continuar con su trabajo en esas embarcaciones. Así llegó a San Bartolo, quince años antes. Con sus ahorros compró un bote al que llamó Lucero y luego rebautizó como Milton en honor al único amigo que encontró en San Bartolo y que desapareció una noche cuando salió a pescar y al parecer fue sorprendido por un gran oleaje. Han pasado cinco inviernos desde ese día, sin que se le encuentre. Solo se encontraron partes de su bote. Milton solía acompañarlo en la pesca y entre las conversaciones de madrugada le hizo entender que quedarse en este balneario no era tan malo después de todo.

El 28 de junio, ayer, los vecinos miraban al loco con curiosidad mientras regresaba a casa con unos sobres y un rictus de incomodidad, como siempre. Aunque el loco no solo regresó con los sobres de diagnósticos y recetas. Regresó con palabras guardadas, reservadas para San Pedro. O *San Pedrito*, como lo llaman los pescadores. Los vecinos no pudieron ocultar su sorpresa cuando por la noche partió a pescar, después de haber visto su bote volteado sobre las piedras de la playa durante buen tiempo.

En la pesca de la noche el loco tira de la red que contiene una cantidad inesperada de peces. La red está tan tensa que termina por romperse y decenas de peces caen al bote en el intento desesperado de volver al mar. En la red que recoge, un pequeño pulpo se desliza hacia su brazo. Al cogerlo, siente su flexibilidad, su textura resbaladiza.

—Ojalá fuera igual que tú. El frío no tendría donde quedarse.

El loco sonrío mientras lo devuelve al mar. Luego, junta los peces para entregarlos como ofrenda y recibir flores que colocará junto a San Pedro, antes de la misa de la mañana. Todos pedirán por abundancia de peces y protección en cada salida a trabajar.

El loco, me dicen. Nuestros botes se balancean con la música y el licor mientras celebramos a San Pedrito, hoy 29 de junio. En medio del mar en tu honor, carajo. Agarro fuerte mi botella en la mano derecha y con la otra me agarro de la toletera. Salud. ¡Salud! ¿San Pedrito, qué pasa? ¿Por qué me miras así?

El loco murmulla unas palabras ininteligibles que parecen una oración. Lo hace con la boca entrecerrada y con el mentón pegado al pecho.

En la playa contigua se escucha la música de la banda, que poco a poco aparece entre los cerros seguida de la imagen de San Pedro vestido con un gran manto rojo, rodeado de flores, balanceándose en el mar, respondiendo así a la invitación de baile que la música provoca en todo el que la oye. Y desde el malecón, un observador ocasional alcanza a distinguir a un hombre con la cabeza baja y una botella en la mano que es parte de esa escena. Este observador bajará a la playa a compartir por un momento el mismo mar festivo antes de que el agua tome nuevamente su territorio.

Mientras el loco continúa murmurando, siente una calidez extraña y por un momento pierde el entumecimiento que el frío le ha dejado. Levanta su mentón y mira al patrono: algo ha cambiado.

De vuelta a la caleta, no pasará mucho tiempo hasta que todos estén bajo los efectos del alcohol.

El observador, que ha acompañado el trayecto de ida y de regreso de los botes entre cerro y cerro, los ve irse y nuevamente solo percibe la música de la banda. Se queda despidiendo el atardecer, guardando esa imagen en su memoria. Con el tiempo, lo que quede de ella tal vez se guarde en palabras escritas, en algún lugar donde otra persona pueda recogerlas y darle un lugar en su propia playa, sus botes, sus aves.

Atravesando el camino terroso el loco llega nuevamente a su casa. Una voz lo sorprende desde el interior.

—¿Loco? —El loco saca el cuchillo que siempre lleva entre su ropa.

—¡Loquito, cuanto tiempo! —algo en esa voz le es familiar.

—¿Mil... Milton? —susurra, mientras sin darse cuenta, sus manos se relajan.

—¿Qué, ya no me reconoces?

El loco deja caer el cuchillo.

La celebración en San Bartolo aún no ha terminado.

Caparazón

Todos los insectos
sentados, uno junto al otro conversan
miran con desconfianza.
Espero su veredicto:
Culpable, señalan
de evitar la mirada, del abandono.
Dejan sus lugares
inician una danza macabra similar
a la danza de duendes de un bosque escondido
me sentencian a ser la hija del escarabajo
a caminar con él
a tener mandíbulas que asemejan cuernos
y alas
a desatar mi oscuridad a su lado,
acompañarlo en sus viajes pesados, silenciosos, ignorados.
Abandonado mi traje humano
me arrastro
por primera vez siento la tierra, hundo mis patas en ella
el hedor de los restos esparcidos de corazón
reclama
por telarañas invisibles
por secretos arrojados sobre los lomos de las hormigas
(que ellas diligentemente han escondido)
rondar cadáveres
¿He nacido en lo descompuesto?
el peso humano, el peso de los hedores,
cae.
Mi caparazón roto
mi nuevo padre ha muerto.
Expuesta, herida, giro sobre mi cuerpo.
Absuelta.

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL RÍO

Director y guionista del largometraje *Viaje*. Ganador del Premio de Obras Experimentales del Ministerio de Cultura (2015). Becado para el XIII y XVII Curso de Desarrollo de Proyectos Cinematográficos Iberoamericanos en Madrid. Productor del documental *Señas en silencio* ganador en el Festival de Cine de Lima y Hot Docs de Canadá. Parte del TALENT CAMPUS 2013 en el festival BAFICI, Buenos Aires. Director y guionista del video *Crecer*, selección oficial del IV Festival de videoarte de Camaguey - Cuba 2011. Director y guionista del video *Veinte*, el que forma parte del archivo virtual de la memoria en Perú. Diplomado Documental *Mirada de dos mundos*, Cali, Colombia. Becado por la Cooperación Francesa para el Taller de Montaje con Herve de Luz en Bogotá, Colombia. Fundador del Cineclub Pueblo Libre.

Mil ojos y mil oídos

He salido al umbral de la puerta de casa y me he sentado en la escalerita a desnivel que posee la entrada. Es una noche fresca, hace un frío agradable y el cielo, aunque con pocas estrellas, se ve radiante.

Enciendo un cigarrillo y la flama del encendedor ilumina el lugar, dejándome ver los árboles de pino a lo lejos y las escasas viviendas que comparten este espacio. Los campos de cultivos son inmensos. Las casas son pequeñas, ya que hay que tener la mayor extensión libre para sembrar.

Debería estar en la cama para levantarme a las 4 a.m. Pero mañana no pienso ir a labrar mi parcela. Las manos ya se me han partido. Una gran zanja, como hecha con segadora, divide la palma de mi mano en dos, al igual que mi alma. Aunque sufro de insomnio crónico, acostarme temprano me hace sentir menos culpable.

Llegué a este pueblo hace dos años. Pensando quedarme un par de meses. Era el sitio perfecto para lavar las culpas. Para curar las grietas que te abre la ciudad en la moral. Traje solo lo necesario, un par de polos, un jean y *Los detectives salvajes*, de Bolaño. Podía sobrevivir.

En mi camino errante, pasé por esta casa, desde la que ahora miro el horizonte. Algo en la puerta roja y diminuta me atrajo

como un imán. El agua escaseaba, así que toqué varias veces, hasta que una mujer de ojos café, inmensos como el sol que nos abrasaba; me abrió. Fue como un disparo fulminante. No pude articular palabra. Me hizo un ademán para que ingresara. La gente en este lugar es muy confiada. Te pueden prestar hasta su propia cama y ellos dormir en el piso. Dicen que así hacen el bien y van al cielo.

Mientras devoraba el agua como un lobo escuálido, ella, con palabras frugales; me contó retazos de su vida. Era viuda, al menos eso creía. Acababa de perder a su esposo en la montaña. Se había ido con la guerrilla. Una noche entraron a la casa, lo sacaron de la cama, le amarraron las manos y la boca. No les dieron tiempo de despedirse y así fue como, desde hace 4 años, no lo ha vuelto a ver.

Me ofrecí a ayudarla con las tareas del campo. Eso me sentaría bien. Algo de trabajo físico ayudaría con mi penitencia. Aceptó con una gran sonrisa. A cambio me daría casa y comida.

Nuestra relación siempre fue estrictamente laboral. Aunque no niego que muchas veces se me pasó por la cabeza correr hasta su cama y colarme entre sus sábanas. Pero me contuve. Aprendí a levantarme muy temprano, cuando el cielo aún no despertaba. Es la mejor hora para remover la tierra, ya que el aire es fresco, uno no se cansa y rinde más.

Cuando me levantaba, ella permanecía dormida. Trataba de hacer el menor ruido al ponerme los pantalones y las botas. De cuando en cuando volteaba a mirarla, para cerciorarme de que no hubiera molestado su sueño y salía de puntillas, como un diestro bailarín de *ballet*, para que el piso de madera no crujiera. La veía a la hora del almuerzo, cuando aparecía en el sembrío, con viandas preparadas por ella. Le dije que no tenía

que hacerlo, que podía comer algo en el camino o al volver a casa. Pero ella insistía en llevarme el almuerzo. Nos sentábamos bajo la sombra de un pino y desenvolvía los táperes que había resguardado en varias telas, siempre eran cosas a base de papa y harina. Me alcanzaba una cuchara y, sin hablar, me observaba comer.

Por las tardes, cuando regresaba del campo con la espalda deshecha y las manos en carne viva; nos sentábamos, sin enlazar palabras, a ver la caída del sol. Sus rayos pintando de naranja las copas de los árboles, comiéndose entero el pueblo, como un gran incendio de colores, que se apagaba al tornarse turquesa; era una sensación liberadora. Una vez terminado el espectáculo, entrábamos a la casa y la mujer se sentaba a leer el mismo librito, siempre. Luego descubriría que su nombre era *Manual del soldado guerrillero*.

Así transcurrían los días: monótonos, tranquilos. Aunque a veces se interrumpía por el grito desesperado de una campana, que nos alertaba de la venida de la guerrilla al pueblo. Entonces había que esconderse debajo de la cama y apagar las luces. De vez en cuando se escuchaba una explosión lejana. Pude ver que, casi siempre, ante el vocerío de la alarma, ella, en lugar de asustarse, abría los ojos como ventanas, esperando ver el cabello, un puño en alto, algo que le devolviera a su esposo perdido. A veces, debajo de la cama, mientras veíamos pasar las botas uniformadas por la ranura de la puerta, me decía que, en medio del coro de gritos que glorificaban la lucha armada, podía reconocer la voz de su esposo; y un hilito de esperanza se afincaba en sus ojos.

La temporada de lluvias había terminado y el maíz que destrozó mis manos, empezaba a dar sus primeros brotes. Así

que me tomé algunos días para recuperar mi flagelada espalda. Pasaba las horas releendo el único libro de Bolaño que tenía, fumando algunos cigarrillos o recuperando el sueño. Una noche, la mujer de la cual nunca supe el nombre, apareció frente al colchón que me había acomodado en el suelo junto a su cama. Estaba desnuda. Tenía senos pequeños y compactos. Piernas largas, que brillaban con la luz que entraba de la noche. La piel algo cuarteada pero firme. Se acostó a mi lado. Besó mis labios y comenzó a sacar mi camisa. No supe cómo reaccionar. Dejé el libro a un lado, sobre el suelo. Ella siguió desnudándose y sin decirme palabra, se montó encima de mí. Hicimos el amor en silencio, apenas interrumpidos por un par de tímidos gemidos que salieron de sus labios. Cuando terminamos, apagó la luz y se echó a mi costado.

A la mañana no fui a la tierra. Quería quedarme al costado de su cuerpo caliente. Abrazarla. Que nadie nos separara nunca. Ni la guerrilla, ni el almuerzo, ni el canto del gallo vecino. Pero de pronto abrió los ojos, me miró sonriente y me dijo las únicas palabras que pronunció esa mañana: “Me voy a la guerrilla”. Tomó su ropa y empezó a vestirse, mientras yo la miraba sin reaccionar. Se colocó una mochila y sin voltear a verme, emprendió camino a la montaña. No supe más de ella. Supongo que habrá muerto. Una mujer así no sobreviviría a una experiencia como esa. Soy una especie de viudo.

Desde ese día, por las tardes, me siento en el umbral de la puerta, esperando a la guerrilla. De vez en cuando pasan las columnas patrullando por detrás de los árboles. Ojalá hoy logre verla. Hace buen clima para hacer el amor.

Capac Cocha

Tengo la certeza de un vacío
que va alimentándose
de las oscuras preguntas
instaladas
cómodamente
sobre el nulo conjunto
de mi seguridad
arañas en sus telas
hamacándose
intercambian sus lenguas
a sal y fuego
se aferran a mis uñas
húmedas aún
de tu néctar
canela de mar
caudaloso mapa
de tus piernas
buscando tus dedos
rojos
como mi pecho
despilfarro de futuro
ansiosos vendavales
exorcizan el eco
de toda dulce
palabra de todo vestigio
de tu aliento
habitado en mis oídos

Capac cocha

Supay lunarejada
pongo en tus manos
el último latido
de mi corazón adolescente
miel de caña
licor de azúcar
desmiembra
sus nostalgias
con la rutina de tus pasos
sobre otra arena
sobre otros vientos
sobre otras aguas
extrañas de las mías.

Hurin pacha

Amador

Mira al amador andar
con los ojos fermentados
en esperanza.

Agazapado permanece
entre las copas de los árboles
llena su nariz de orgásmicos vapores.

¿De qué llena su panza?

De jirones sanguinolentos de ternura
despojos de tiempo compartido.

La casa vacía
un cuerpo desangrando
el no salvado amor.

Se envuelve en noche, el amador
abre sus alas y entierra sus fauces
en la dulce carne incomprensida.

MARCO ANTONIO FERNÁNDEZ

Bachiller en Comunicación Social por la UNMSM.
Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la
Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Reportero
en la Secretaría de Prensa y Comunicaciones de la
Federación de Trabajadores en Construcción Civil del
Perú (FTCCP).

El Gringo

El quiosco de madera en el que vivíamos era estrecho. Yo comía muy cerca del televisor. Mi gato aprovechaba la cercanía en ocasiones, y desde su sofá (el televisor) estiraba su patita como bostezando, pretendiendo alcanzar la presa de mi plato. Cuando descubría su treta, él cerraba los ojos arrepentido y volvía a recostarse, hasta esperar la noche para subirse a la cama.

Por las mañanas, era común despertar con él recostado sobre mi cuello, como un collar de pelos anaranjado. Lo extrañaba cuando algunas noches se perdía, y venía hambriento y flaco de improviso a recibir algo de comida y un poco de cariño. “Es la gata de la vecina”, decían. Se perdía con ella y luego regresaba paranoico a escapar de su asedio.

Hasta entonces no entendía cómo una gata podía ser capaz de abalanzarse sobre el gato luego de hacer el amor; cómo una fémina se vengaba del placer. Intenté entenderlo una tarde, cuando la cara del Gringo apenas se adivinaba en las protuberancias que lo tenían desfigurado como un extraño tubérculo peludo. Su cuerpo era la extensión más tumefacta de su rostro.

Recordé entonces que su “enamorada” era una gata parda y veloz que lo superaba en peso y que tenía la manía de darle manotazos de gato montés cuando comían del mismo plato.

No había duda. Era un pisado. Y esta vez había sido herido mortalmente. Amaratado, hinchado, pasó la tarde y la noche, y la mañana del día siguiente sin comer ni beber y (m)auullando.

Algunos clientes de la tienda, quienes conocían al Gringo, argumentaban que esas heridas fueron producto de otro tipo de pelea contradiciendo la sabiduría popular de que fue su gata la que lo hirió de muerte. Así, la razón de la golpiza quedó en el misterio.

Para que no sufriera la agonía, algunos de mis familiares decidieron adelantar su partida. Para entonces, la civilización no había llegado a la zona industrial de Lima, y mi familia pensaba que llevar a un animal al veterinario era un lujo; más cuando era para hacerle el favor de una muerte tranquila. “Todas las muertes son iguales”, pensaban, “solo se necesita una rápida”.

Supuse que le cortarían el cuello como a los pollos. Sin embargo, mientras despachaba algunas gaseosas y galletas al público en la tienda del quiosco, escuché sonidos secos en la cocina; tras la cortina traslúcida, vi cuerpos que iban y venían sobre un mismo punto, con un ritmo acelerado.

Luego supe que, primero, habían querido acabar con él como con un pajarito: torciéndole el pescuezo; pero no pudieron. Lo colocaron después sobre una caja de cervezas para golpearlo con otra caja desde arriba, pero no calcularon que el Gringo se escurriría entre las botellas y sus aullidos se escucharían como los gritos de pelea de las películas de Bruce Lee.

Se movía demasiado, me dijeron, así que creyeron que ahogándolo se tranquilizaría lo suficiente como para recibir su castigo final. Y la tortura terminó cuando lo metieron en un costal, cogieron una madera gruesa y lo apalearon con cólera hasta que dejó de moverse, de maullar, de ser un ser vivo dentro de ese saco mojado, sucio, pestilente y sangriento.

La buena intención de darle fin a su sufrimiento se convirtió en un festival de sangre del que todos nos sentimos culpables. Fue mi primo, el verdugo, quien llevó el cuerpo del Gringo a un basural cercano, terminando infeliz la misión imposible del día. En ese barrio industrial donde sucedía de todo, incluso una masacre animal como esa, el mundo seguía siendo el mismo.

Imaginé al Gringo en el costal, tratando de entender cómo era posible no haber podido hacer nada ante tal paliza, sintiéndome el amo más inútil del mundo. Me regodeaba en la impotencia cuando vi a mi primo de regreso, con el costal vacío en la mano. Pensé: “El Gringo no tenía ni siquiera derecho a una mortaja”.

Esa noche sentí su ausencia sobre el televisor. Extrañé su ronroneo sereno. Reparé en que no tenía con quién compartir mi comida ni a quién acariciar mientras escuchaba la radio o con quién jugar para pasar el tiempo y esperar la hora del fulbito en el barrio industrial. Sentí la solitaria existencia de alguien que no tiene a quien querer. Y, por la inocencia de mis años, creí que ese debió ser el preludio de una vida sin tener a nadie a quien amar.

Al tercer día, sin embargo, me pareció ver al Gringo caminando con pasos cortos y lentos por la vereda de la cuadra 7 de la avenida Industrial. Andaba por media cuadra y se detuvo. Lo miré y pensé inútilmente que esta vez estaría bien conmigo. Traté de acercarme, pero, tajante y seguro de sí mismo, se dio media vuelta velozmente y, por más que aceleré, me ganó en esa inevitable carrera sin retorno hacia un mundo mejor lejos de mí.

Paraíso terrenal

Volar fue
la peor idea que tuve
para elevarme al cielo

De Jesús
a Remedios La Bella
armé mis propios arquetipos

Yo quería
un edificio o un balcón
un puente o un avión

Un adiós
requiere olor a flores
aire, público y luz solar

Y firmar
una pequeña despedida
concisa, clara, fina

“No se culpe
a nadie de mi muerte
de suerte paso a mejor vida”

Dura más
el dolor de la despedida
el estertor del cuerpo

Y es ahí
cuando uno quiere ver
el paraíso prometido

Algo insomne
un ruido que empieza a roer
escuchas extrañado

Ni una luz
ni milagro ni magia.
Hace años tiendo a florecer

Hasta luego

Ya es hora de partir, juventud.
En mi maleta llevo nada más
el recuerdo de lo que fui:
Los brindis nocturnos
bajo los puentes de Lima,
la luz de los bellos amaneceres
sobre los parques de la ciudad.

No es que quiera irme, compañera.
La felicidad está aquí, día y noche,
evaporándonos en vida
en las calles de esta ciudad holograma.
Pero sucede que una voz desde las entrañas
me devolvió a esta desconocida realidad
llamándome con una frase repentina:

¡Papá, tengo hambre!

Y fue en ese momento, amiga,
que todos los temblores del mundo
convergiéron en mi pecho,
y el miedo me encarceló
en las cuatro paredes
de la fórmula reducida de la vida:
salud, familia, trabajo, dinero.

Pero entendí también, ya sobrio,
la temporalidad de esta despedida,
que volverás una nueva primavera
para ver tu antiguo rostro renovado
en la tersa cara de otro niño que, como a mí,
arroparás en tu viejo vientre.
Hasta entonces, amigable juventud.

ANA MARÍA HERNÁNDEZ

Periodista y guitarrista, docente y ahora escritora.
Maestrante en Escritura Creativa de la UNMSM.

Velo rojo

Tañía el laúd una canción de melancolía. Afuera, los pasos, el ir y venir de los mercaderes, el tintinear de las monedas, los insultos, los gritos por los precios. Zaid se secaba la frente y trataba de apurar los negocios, quería estar con su mujer cuanto antes. Adentro, frente al aguamanil y el espejo, Zahira dejaba caer el agua sobre sí. Se vertió un cuenco. Una gota se deslizó por su rostro, recorrió el cuello y se posó en el centro de un pezón firme. Suspiró, entrecerró los ojos, miró en el espejo su rostro enmarcado por el largo cabello ensortijado. El laúd continuaba sonando e improvisaba lentas, acompasadas melodías. Zahira untó aceites fragantes sobre su cuerpo desnudo, mientras movía las caderas al compás de la música.

Subía la escala sonora acentuando la pausa en el tono y medio que caracteriza a la música de esas regiones. De cuando en cuando se escuchaba un bordón, cuya resonancia quedaba suspendida como eco en la memoria. Las otras notas seguían dibujando octágonos en el espacio, mosaicos en el aire, arabescos en la imaginación.

La melodía encerraba por lapsos unos golpes de trémolos en las cuerdas. Subía, descendía a su gusto, sin perder la eufonía. Zahira seguía moviendo las caderas. Sus manos impregnaban su piel con exquisitos ungüentos.

—¿Cómo no son las más?

La derecha subía por su abdomen. Palpaba con toda la extensión de la palma su seno izquierdo. Subía hasta su cuello. La izquierda embalsamaba la parte superior del muslo derecho. Bajaba, se acariciaba con inconsciente deleite hasta refugiarse en la ardiente entrepierna.

Jamal no podía controlar la prolongada excitación. Alá debía perdonar el deseo que sentía por la mujer de Zaid, y rogaba que Zahira no lo descubriera detrás de la celosía de cedro, cuyas muescas permitían observarla sin pudor. Él sentía el recorrido abrasante de su sangre, el aroma de hembra y especias, cardamomo y canela que inundaba el ambiente y se hacía más fuerte. Su respiración se aceleró y su intimidad clamaba justicia.

—Como un atardecer, déjame ser ese sol de fuego que se hunde en el mar de tu pasión.

Zahira se sorprendió con la voz. Ante la presencia de Jamal, en lugar de turbarse, tomó un velo rojo de seda con minúsculas rosas estampadas, cuyas formas evocaban el eros femenino. Pétalos por labios. Zahira deslizó el velo en el aire. Intentaba sin querer cubrir su cuerpo, el cuerpo que ahora exhibía un brillo delicado, que parecía anticiparse al ritmo musical. Jamal se aproximó sudoroso, con la respiración entrecortada, y ella seguía jugando a esconderse tras la seda roja de rosas, cerró sus ojos y aspiró el aroma de hombre que Jamal le brindaba.

Los dedos de ambos trataban de tocarse, los ojos fijos en los del otro, el sudor en los cuerpos. Las respiraciones profundas de sonoras exhalaciones continuaban por eternidades de laúd y ungüentos. Zahira estiró los brazos, aun sosteniendo entre sus dedos el velo de seda. Alzó la camisa sobre el torso de Jamal. Cayó el velo. Las manos de Zahira lo despojaron de un ropaje

innecesario para el calor del deseo. Jamal sintió la suavidad de las manos femeninas y ella se recreaba en la piel masculina de sudor y aromas. Los dedos de Jamal querían poseerla, mas ella atrapó con sus manos el dibujo de posesión que él intentaba. Los labios de ambos se pedían y el juego de éxtasis impedía consumir esa primera unión, que solo dejaba lugar para embriagarse con alientos.

Las manos de Jamal conquistaron sus brazos, subieron a los hombros y se hundieron en los cabellos de ella. Las manos de Zahira regresaron al torso de Jamal, bajaron atrevidas por su cintura para desatar el nudo que ajustaba los pantalones. Como si la prenda se resistiera a la ley de la gravedad, ella enlazó la ropa a sus dedos, la bajó con caricias por las piernas del hombre que suspiraba de pasión. Y a medida que descendían las manos de Zahira, bajaba también su cuerpo para adorar al macho que la deseaba. Jamal no resistió. La buscó con su cuerpo en llamas y Zahira se dejó poseer. Ambos se entrelazaron en una danza amatoria ayudada por el laúd que seguía tañendo con ritmo esos sonidos hondos, plenos, oleajes, vaivenes.

Los cuerpos se separaron para contemplarse y sentirse piel a piel, se hizo el calor, brazos que se entrelazan, pechos que se unen, rostros que se frotan. Alientos. Ojos que se contemplan, se entrecierran, narices que se tocan. Mejillas que se acarician. Un beso en la comisura de la boca. Un beso en el labio superior. Un mordisco leve en el labio inferior. Una lengua que saborea a la otra, una lengua que lame rostro, comisuras, lóbulo, mentón, otro lóbulo. Otra lengua que se aloja en la oreja. Lenguas que se encuentran y exploran otros territorios sin respetar jadeos.

Repica la darbuka y el laúd vuelve a tañer afincándose en unos ritmos periódicos que invitan a la danza y Zahira obedece:

alza su cuerpo frente a Jamal, recoge el velo rojo de rosas, da una vuelta alrededor de sí misma y la tela la cubre. Abajo, Zaid se despide y oye la música para imaginar los movimientos de su mujer, sonrío y comienza a subir los escalones. Arriba, el vientre de Zahira dirige la música, sus hombros se mueven hacia atrás, su cabello cae cual cascada. Un golpe de cadera hace reaccionar otra vez a Jamal. El hombre se incorpora y la rodea con sus manos, apenas tocándola, haciendo un círculo a su alrededor como si rozara su aura, como si tocarla fuera una profanación. Los ojos se vuelven a encontrar. Zahira baila con lujuriosa suavidad entre los brazos de Jamal. No hay más distancia que la seda que impide la consumación. Zaid abre la puerta y lo que ve lo paraliza, Zahira alza sus brazos y permite, por fin, que Jamal la despoje del velo.

Oda a la muerte

A María Mercedes Carranza

Llegué a ti para invocarte
tú, que vives o crees vivir,
con mi lazo y mis desmemorias
vendrás conmigo.

Para que sepas que alguna vez viviste,
aquí estuvo tu morada, allá tus libros
y dentro de ellos tus sueños.

Habitarás tu casa como espectro silente,
hollarás el dolor del olvido
y te sepultaré por la eternidad
y tampoco recordarás.

¡Ven conmigo al silencio eterno
a cantar con los coros de voces calladas
a sepultar el vacío del dolor abyecto
y nadar en el adiós infinito!

Coda

Cuando no se descubre rara musa
es imposible sacar el poema
la terrible aridez se aloja en mi alma
sin temas, sin luces, ni sombras. Nada.
Solo un vacío, tal vez un abismo
no hay sonidos, no salen las palabras

Mas dicen que el mundo es de las palabras
podría buscar para ellas la musa
impedir que ella caiga en el abismo
rogar a Erato que le dé al poema
una pizca, un hálito, no la nada
y así, de poeta salvar a mi alma

Una pregunta surge: ¿qué es el alma?
y la respuesta la dan las palabras
a veces, la que consigues es “nada”,
¿quién pudiera ir en busca de la musa
para que cante fuerte mi poema
que no se pierda en el letal abismo?

Yo rescato sonidos del abismo
podría conseguir algunas almas,
quizá dé bellas formas al poema
compuesto con las mejores palabras.
Prescindiremos de la rara musa

y jamás quedaremos en la nada.
Pero la musa que en el lago nada
flota en el agua letal del abismo:
si no forjo un oficio, no habrá musa.
Yo me pregunto ¿cómo queda el alma?
Ya no hay respuestas. No quedan palabras
para redactar mejor el poema.

¡Quién pudiera escribir un buen poema!
Qué reflexión estulta de la nada,
parece que caerán las palabras
irrefrenables al eterno abismo.
¿Crees que de este modo salvas tu alma?
Me río. Necesitas a la musa.

Para ti, sin musa, no habrá poema
vagan las almas, sin cuerpo ni nada
en el feo abismo de las palabras.

Despedida

Adiós a la juventud, se va el tiempo,
mi cuerpo recuerda días de gozo,
la memoria fluye cual río libre
de Heráclito, frescas corren las aguas
y así transcurre con paso ferviente:
aliento, soplo, chispa de la vida.

Valoro cada segundo de vida,
mis manos marchitas marcan el tiempo.
Por eso quiero aferrarme ferviente,
buscar otras formas de nuevo gozo,
lavar mis arrugas en estas aguas,
dejar mis dolores para ser libre.
Vuela el diente de león siempre libre
como una metáfora de otra vida
otros caudales, otras fuentes de aguas
en el río sagrado de los tiempos
pétalos frágiles, motas de gozo
mutación de la calma a lo ferviente

Plasmo mis penas con duda ferviente
quebrar este cuerpo para ser libre
limpio la herida de pasado gozo
florezco todavía a esta mi vida
contengo silente el rigor del tiempo
curo mis males al beber las aguas

Ahora tengo el poder de las aguas
estimo mi fuerza, siempre ferviente
domino el ritmo secreto del tiempo
me place buscar en las almas libres
el eterno aliento que da la vida
y solazarme en el bendito gozo

¿Qué importa a mis años si pierdo el gozo?
tendré a merced el poder de las aguas
la muerte no es temor si tengo vida
¿qué importan las dudas si son fervientes?
no temo a las sombras pues ya soy libre
mi alma dispone del paso del tiempo.

Ya no hay más tiempo, sólo queda el gozo
plenamente libre, ama de las aguas
me rindo ferviente y brindo a la vida.

DANIEL LAUZ

Montajista cinematográfico interesado en los relatos de no ficción. Ha participado en el montaje de cortometrajes y largometrajes de ficción y documental como la serie documental *Hacedores* (programa producido por el canal IPE) y el largometraje de ficción *Viaje*, proyecto ganador del premio de producción de largometraje del Ministerio de Cultura en 2017. Actualmente, es docente universitario y cursa la maestría de Escritura Creativa en la UNMSM.

Sombra de Otorongo

Yo sé lo que va a pasar, tú no lo sabes pero dentro de un mes en el último ciclo de luna nueva nos vamos a encontrar, tu vendrás por respuestas y yo te veré como mira un otorongo a un conejo asustado. Dudarás en hacer lo que te digo, te querrás ir; pero al recordar de dónde vienes no tendrás más opción que quedarte.

Muchos como tú han venido a preguntarme, pero no creen en lo que sé, me subestiman, mi manera de entonar su idioma los hace desconfiar, así que les digo lo que quieren oír, no lo que veo en sus visiones. El hombre que viene por respuestas es necio, no quiere escuchar, piensa que venir a mi es la solución. No sabe que ya tiene las respuestas, muy dentro de su corazón. Ese que se encuentra reducido por la rutina diaria sabe lo que busca.

Tú sabes qué debes hacer, pero te da miedo, y no te da miedo que la decisión que tomes sea la equivocada. Te da miedo que la decisión sea tuya, propia, porque sabes que si aceptas eso, tendrás que vivir con ella. No le podrás echar la culpa a nadie y no escaparás de las consecuencias.

Te voy a contar lo que hago porque no es fácil, yo no aprendo como tú aprendes. Yo no recurro a libros ni a esa pantalla en la que pasan casi todo el día. No, yo tuve que buscar en el monte. Ahí, el cantar fantasmagórico de los insectos es lo único que se

puede oír, la luz del sol te desuella y los árboles interminables forman mil caminos. De noche, los animales salvajes acechan, sientes sus pasos rodeándote a cada momento y la luz de la luna es tan brillante que todo se vuelve plateado y pareces estar en otro planeta. Un planeta en donde la vegetación es de hielo y la tierra es clara como piedras de diamantes.

La comida la podías coger de los árboles, pero no podías comer cualquier cosa. Sombra de Otorongo, el que vino antes que yo, me había dicho que solo podía comer plátanos asados en hojas de árboles. Los plátanos hacen que tu cuerpo se limpie y tu mente esté más calmada, no sentía hambre, podía respirar mejor, mis pulmones procesaban el oxígeno del aire y lo repartían hasta la última célula de mi cuerpo, eso hizo que mis sentidos estuvieran más despiertos.

De día podía oler el aroma que despedían las plantas a varios metros distancia y por las noches podía reconocer el sonido de los animales que me acechaban, subía a la copa de los árboles y me quedaba ahí hasta que las fieras se iban gruñendo molestas. Sombra de Otorongo me hablaba en mis sueños y me decía qué plantas buscar y cómo debía de guardarlas para llevarlas a él.

Pasaban los días y mi mente se iba volviendo más lúcida, era más fácil escuchar las enseñanzas de Sombra de Otorongo, ya no me hablaba dormido, me decía qué hacer mientras caminaba en el bosque con la luz del sol sobre mi cabeza. A veces las mismas plantas me hablaban, pero no me hablaban con palabras, sus vibraciones viajaban por el aire y hacían que mi cuerpo se sintiera atraído hacia ellas, así me daba cuenta de las plantas de Sombra de Otorongo. Mientras más caminaba y seguía la dieta podía saber qué hacía cada planta por sus colores, observaba con atención las formas de las hojas, sus tonalidades

y sus tallos, según eso, sabía cómo prepararlas: las formas aserradas o lisas que tenían las hojas me contaban sobre cómo podría combinarlas, las tonalidades de marrón que aparecían en los tallos me advertían del tiempo que debía hervirla, y la textura de la planta me decía si debía triturarla en el mortero de piedra. Así, el bosque me iba hablando y me iba pasando todo lo que sabía, sin palabras, solo siendo él mismo, y yo estaba cada vez más atento a las señales que me ponía.

La última noche que me quedé en el monte, la luz de la luna no fue igual, el plateado brillante que iluminaba mi camino había cambiado a un azul intenso que hacía difícil ver por dónde iba, presentí que estaba en el camino equivocado. Las instrucciones que Sombra de Otorongo me daba al oído se hacían cada vez más tenues, las hojas crujían mientras las pisaba y poco a poco perdía mi sentido del olfato. Temí lo peor. Sombra de Otorongo me abandonaba y los poderes que me había prestado se estaban desvaneciendo, corrí lo más rápido que pude hacia el río, pero un gruñido me detuvo. Se sintió muy lejos, primero como a unos 500 metros, quise dar la vuelta pero ya estaba muy cerca, supe que tenía que buscar refugio e intenté subirme a la copa del árbol más cercano, pero no me dio tiempo, cuando di el siguiente paso ahí estaban sus dientes afilados como espadas recién forjadas y sus ojos brillantes destellaban una luz dorada que inundaba toda la noche azul. Su cuerpo era enorme cubierto por un pelaje erizado y sus pies hacían vibrar el suelo que pisaba, contuve la respiración, rugió haciendo que todos los insectos se callaran. No puede moverme, su rugido había detenido el tiempo en todo el monte. Sus ojos estaban totalmente clavados en los míos hasta que movió su cabeza, como si hubiera escuchado algo a lo lejos, como si supiera que

alguien venía por él, cuando volvió hacia mí su gesto cambió, ya no era un rostro fiero y duro, ahora respiraba con tranquilidad y tenía los ojos entrecerrados. Se me acercó y vi cómo su pelaje de color pardo se había relajado, me olfateó y sentí su aliento cálido, su nariz húmeda recorría mis manos y su lengua rugosa me lamía suavemente. Dejé de sentir miedo, mi respiración volvió a su ritmo normal, cerré los ojos y dejé que me acariciara, rozó su cuerpo contra el mío como lo hacen los gatos, cuando terminó siguió su camino retumbando el suelo. Abrí los ojos cuando el azul intenso que teñía esa noche fue desapareciendo y fue reemplazado por el plateado que yo conocía. El sonido del río se hizo más intenso y pude seguir el camino que me llevaba fuera del monte.

En el camino a la maloca de Sombra de Otorongo una gran tristeza golpeó mi cuerpo, la agilidad y fuerza que había ganado se fueron, cuando llegué al pueblo estaba totalmente agotado, no pude avanzar más y caí rendido en la entrada. Unos niños fueron corriendo a pedir ayuda y entre varias personas llevaron mi cuerpo a la maloca de Sombra de Otorongo, cuando abrí los ojos pude ver su rostro que me sonreía, me acarició el cabello y luego salió de mi vista para que mi madre apareciera frente a mí.

—¡Gracias a Dios! Estás bien.

—¿Y el maestro? —pregunté con el cuerpo todavía adolorido.

—El maestro... el maestro ha muerto.

Juan Canales Alvites, Sombra de Otorongo, maestro de las plantas, había muerto la noche anterior, la noche en la que yo me encontré con la fiera en el monte.

Ha pasado un mes desde mi regreso del monte y ahora estás

frente a mí, me miras con tus ojos de conejo asustado sin saber qué decirme y yo me río como se ríe un adulto cuando ve a un niño que lo imita. Has venido desde lejos, se nota, y tienes mucho que decirme pero te falta calma, no sabes concentrarte.

—¿A qué has venido? —pregunto mirándote a los ojos.

—Es mi padre, apareció después de mucho tiempo.

—¿Qué quieres saber?

Bajas la mirada no sabes qué contestar, tienes miedo, se ve en tus ojos, miras hacia abajo.

—Quiero saber si debo ir con él.

Te ves decidido, lo acepto, pero es porque no sabes lo que viene, no sabes por lo que vas a pasar para poder encontrar tu respuesta.

—¿Estás seguro de que quieres saber? —te pregunto con una sonrisa burlona.

—Sí.

Saco la medicina de la botella que tengo a mis espaldas, sirvo un poco en el pequeño vaso de madera, la miras, detienes tu respiración respiras profundamente.

—Muy bien, comencemos, bebe.

Cama de papel

Hay un orden en mis cosas.
No lo ves, pero un hay orden.
Mi lápiz a la derecha porque en esa mano tengo más fuerza,
la cerveza a la izquierda, para desatorar mis pensamientos

y en el centro;
una hoja de papel,
ligero y transparente que flota.

Las palabras las voy a soltar
desde el desierto de mi cama te las voy a soltar

¡Que te extraño!
¡Que me haces falta!
¡Que me acuerdo de todo, ¿me oyes?, de todo!

¡Quiero quemar la casa con el encendedor que dejaste en la
mesa de noche!

pero veo mis sábanas
por fin limpias
y pienso:

La cama, así como está vacía y soberana, querido mío,
Nunca se sintió mejor.

Serotonina

Voy sedado por la corriente
la curva abovedada del cielo
me confirma la redondez del planeta.
¿Y mi piel?
Mi piel flota en el aire rojo, en la oscuridad,
en la última nube sosegada.

Los cometas
quiebran el cielo.
Los árboles
se acarician
en secreto.
La corriente marrón
atrapa el plenilunio.
Los paiches saltan
como grillos superdotados
meten la cabeza,
pulverizan el agua
y con la cola
detienen el tiempo
en todo el monte.

Viajo a través de la vibración del planeta
y puedo ver a mi madre, a mi padre,
a mi hijo dando un gran salto sobre arena.
Soy zumo de serotonina
esparcido en estratosfera.

SUSAN LOBATO

Bachiller en Lingüística y estudiante de la maestría de Escritura Creativa en la UNMSM. Hace más de una década se desempeña como docente de comprensión lectora.

Fafnir

Habito en la oscuridad y en la humedad de la cueva de un lugar llamado Gnitahidr. Me alimento con algunas hierbas y agua pocas veces al día. Es un ayuno riguroso pero, a pesar de mi inconmensurable dimensión, he logrado resistir.

Renuncié a los lujos palaciegos, a mi familia y a una alegre muchacha con la que había prometido desposarme. Sucumbí al espejismo de la perfección espiritual.

Sé que mi nombre ha trascendido mucho más allá del que fue mi reino, sé que millares cantan la grandeza de mis actos y que mi nombre retumba con más fuerza que el cuerno que anunciará el Ragnarök.

Sé, también, que es imposible dominar completamente los instintos, pero muchos afirman que soy quien más se ha acercado a una verdadera elevación más allá de cualquier debilidad mundana: todos saben que no me entregué al placer de dormir con las más armoniosas vírgenes, ni a deleitarme con las más vistosas viandas o malgastar las ridículas ofrendas de oro. Incluso, algunos aseguran que soy un ángel. Puedo entender esta infantil certeza, ya que cuando la noche me alcanza y extendiendo mis alas, las estrellas parecen huir despavoridas.

La misión por la que he renunciado a la vida de los hombres es superior y, como tal, el sacrificio no puede ser minúsculo. Vivo en esta cueva en la que solo habitan lejanos recuerdos.

Añoro el fulgor de un manantial en el que tres hermanos chapotean con tanta alegría e inocencia que aquella felicidad todavía me alumbra.

Estoy nadando junto a Regin cerca de una cascada de cristal mientras que nuestro hermano Ódder, como todos los días, se transforma en una pequeña nutria para engullir incontables salmones. No imaginamos que los dioses están visitando el manantial y terminan desafiándose: el mejor será el que, con una piedra certera, mate al primer animal que encuentren. Poco tiempo después advierten que han desollado al hijo de un rey.

Nuestro padre furioso reclama a los dioses que se cumpla la ley primigenia: la piel de un miembro de la familia real debe ser cubierta con una capa de oro amarillo y otra de oro rojo por el asesino. Conocedor del poder de la tradición, el dios culpable cumple presurosamente con el resarcimiento. Ninguno de nosotros sospecha que el tesoro encierra una temible maldición.

Algunas lunas se extinguen en el espacio y el tiempo, el oro empieza a multiplicarse con rapidez pasmosa. Mi hermano Regin, un magnífico herrero, labra junto a cientos de fuertes hombres joyas que no se han visto jamás. Todavía recuerdo el brillo eneguedador de una casa hecha de oro compacto y decorada con innumerables arcoíris de piedra que podrían eclipsar al mismo sol. Lamentablemente, poco tiempo después, el rey se apodera del tesoro infinito y nos prohíbe acercarnos a él.

No soporto cuando mi padre se alza ante nosotros como un cruel hechicero. No obstante, esto no impide que le reclame la parte del tesoro que me corresponde como miembro de la realeza. Mi padre, mejor dicho, el hechicero, parece hablar. No es cierto, solo estoy oyendo su avaricia.

Me confiesa con lacerante ironía que sacrificó a uno de sus hijos para obligar a una divinidad a entregarle el tesoro infinito. Lloro de rabia. Es la última vez que ríos salados delinearán mi rostro humano mientras mares de sangre brotan de la garganta de aquel maldito hechicero al que ejecuto con la temible Gram.

Extraño a mi fiel Gram. Ella fue forjada por el herrero de los dioses. El mismo Odín la había incrustado en el corazón de un árbol imponente en medio de una boda real y había retado a los hombres más poderosos a arrancarla del interior del tronco. A partir de ese instante, la espada solo fue poseída por los príncipes más intrépidos de toda la región. Mi padre me la obsequió cuando distinguió que de sus tres hijos yo era el poseedor del corazón más audaz.

He crecido modelado por la fría curva de Gram pero cuando maté al hechicero no logré recuperarla. Es el único bien que todavía extraño de palacio.

Mi hermano Regin nunca quiso acompañarme cuando le confié el secreto de mi huida. Él eligió vivir como un humilde herrero en un reino vecino. Me lo imagino quebrando la oscuridad con cada golpe de un gran martillo, delineando nuevas formas metálicas mientras trata vanamente de olvidar todo lo acontecido.

Escapé al lugar más recóndito. Decidí alejarme por completo de los humanos. Resguardo el oro en esta cueva desde entonces, pues lo protejo de la codicia de los hombres. Miles continúan buscándolo sin descanso, mas no podrán encontrarlo jamás. Otros, muy pocos, que por fortuna han dado con él se han desvanecido con una sola de mis poderosas bocanadas.

En realidad, no solo soy el centinela de las monedas de fuego. Protejo a los humanos de su propia avidez y de la destrucción inmediata que conlleva apropiarse de este tesoro atroz.

Y es que el auténtico dueño era Andvari, un enano que vivía bajo la cascada en la que solíamos jugar. A veces se transformaba en pez y dibujaba extrañas formas en el agua mientras huía de aldeanos impertinentes, pero hasta él era prudente con su mágica mutación, ya que corría el riesgo de ser devorado por alguna inquieta nutria.

Para saldar el pago a mi padre por cometer el más grande deshonor, el dios se apropió del magnífico lago de fuego, que yacía escondido bajo la cascada. El enano, ante tal injusticia, conjuró el poder destructor de su legítima posesión.

El tesoro es infinito pero su maldición es superior. Destruye la existencia del nuevo dueño. He vivido y vivo la maldición: maté a mi padre, mi reino fue arrasado, mi hermano aún respira para odiarme y no hay aldeano que no sienta por mí el más profundo horror.

En noches frías como esta, cedo al deseo de escapar de la cueva y me elevo hasta más allá de las nubes. Me deslizo a gran velocidad para que el viento pueda mecarme con esa suavidad que me recuerda a los brazos de la reina, mi madre. Pero ni los más apacibles recuerdos logran apartarme de mi propósito real. Así, mis escamas vuelven inexorablemente a reposar sobre el manto dorado que he jurado y deseo proteger.

A veces sueño que las tímidas estrellas se acercan y me vaticinan que Gram va a volver a mí. Mi fiel amiga se va a fundir en mi pecho y seremos uno por toda la eternidad.

Despierto de buen ánimo, atravieso un páramo no muy lejano. Me parece oír, a lo lejos, la voz de mi hermano. Ya no distingo los recuerdos de la realidad. Las evocaciones ahora tienen vida propia. El riachuelo está cerca y hoy tengo tanta...

La tierra tiembla con furia y un estruendo nunca antes percibido se extiende por todos los reinos, el dragón yace inmóvil.

—El tesoro de los nibelungos es nuestro —dijo Sigurd.

A pocos metros, Regin limpia la sangre de una espada en cuya empuñadura se lee Gram.

La sextina del mundo platónico

Formas, colores y sombras emergen
cual hedores, esencias y fragancias
A los lejos, siseos susurrantes
resuenan en el húmedo dolor
de aciduladas mieles que se funden
en esta aparente realidad

Sentir es la única realidad
de fragores ondulantes que emergen
cuando las lunas de plata se funden
en aquellas cristalinas fragancias
al compás del sonido del dolor
de mil aves de plata susurrantes

Cada una de las sombras susurrantes
Forjan la confusa realidad
En la que el hombre preso del dolor
Ve cómo ancestrales dudas emergen
en esa oscuridad de las fragancias
de espejismos sensuales que se funden

Algunas trémulas sombras se funden
en vaporosos puntos susurrantes
la verdad logra exhalar sus fragancias
en la cavernosa realidad

y así los primeros hombres emergen
libremente, ya lejos del dolor

¿Acaso es la luz fuente de dolor?
Los ojos grises del hombre se funden
con ideas platónicas que emergen
aleteando casi susurrantes
sobre la inmutable realidad
labrada de incandescentes fragancias

Los arquetipos flotan cual fragancias
Difuminando trazos de dolor
forjando una nueva realidad
En la que las diferencias se funden
En ligeras verdades susurrantes
Finalmente, las certezas emergen

El desborde de ideas y fragancias
Lleva a la razón lejos del dolor
Al fin, se venció a la realidad

La sextina de las palabras

El mundo yacía en la oscuridad
Y repentinamente emergió el hombre
se quebró de golpe el tiempo espacial
cada trozo es ahora una palabra
se nombra la realidad primero
y alrededor los adjetivos danzan

los colores quieren ver cómo danzan
los aromas en esa oscuridad
mas solo son capturados primero
por los sustantivos, siervos del hombre
ese creador de cada palabra
que brota de todo ángulo espacial

En la cruenta cacería espacial
a lo lejos algunos verbos danzan
inoculando acción a la palabra
mientras se alejan de la oscuridad
luego de abrasar la cárcel del hombre
¿Quiénes podrán defenderlos primero?

Los adverbios los ayudan primero
a trascender el ámbito espacial
e intensificar cada acción del hombre
complementando a los verbos que danzan
sorteando la duda y oscuridad
a través del sí y el no como palabra

Ante el dominio atroz de la palabra
se erige el pronombre que es el primero
en desafiar desde la oscuridad
al hombre y su cacería espacial
Así, redimiendo a voces que danzan
el pronombre logró suplir al hombre

Por fin, son libres del yugo del hombre
Germina hermandad en cada palabra
y se agrupan en frases cuando danzan
Las conjunciones son las que primero
buscan expandir la unión espacial
y eclipsar por siempre la oscuridad

La oración flamea en la oscuridad
y así alteramos el tiempo espacial
para escribir estos versos primero

JOEL MALLMA

Ingeniero Civil de la Universidad Nacional Federico Villarreal. Estudiante de la maestría de Escritura Creativa en la UNMSM.

Avelino

Mi nombre es Avelino Cutipa. Nací en Lambrama, distrito de Abancay. Viví allá hasta inicios de los noventa, cuando tenía 32 años. Aún recuerdo la vez que dejé mi pueblo, fue una tarde cuando un grupo de militares irrumpió en mi casa. Entre empujones y mentadas de madre me sacaron hasta la plaza. Al igual que mis paisanos, estuve atado de manos, tirado boca abajo frente a la iglesia. ¡Teniente, teniente, a ese no!, gritó alguien. Rápido quitaron el arma de mi nuca y me llevaron a un cuarto. Me interrogaron, mientras mantuvieron al resto amarrados en la plaza. Así que tú eres el de los superpoderes, ¿eh?, me espetó el teniente. ¡Habla, conchatumare!, insistió, golpeándome la cara. Allí empezó todo. Alguien del pueblo le había soplado que yo leía la hoja de coca. ¡Si todo lo sabes, canta!, me ordenó el teniente tirándome una bolsa de hojas de coca. ¡Apura, mierda!, insistió. Quería que identificara a los terrucos de Lambrama, Huanipaca, Circa y todo Abancay. En verdad yo no sabía quién era quién; tenía sospechas, pero nada concreto. Ningún milico me creyó. No era fácil leer las hojas de coca, era todo un rito: previamente las hojas debían de pasar por un proceso. Les expliqué con detalle, pero no me creyeron, me golpearon una y otra vez. Con la cara ensangrentada agité la mano. Jefe —balbuceé—, les puedo ayudar de otra forma.

El sargento me quedó mirando y rápidamente les comenté que podía leer la mente. Todos estallaron en carcajadas, se burlaron de mí. Yo insistí y me ofrecí a poner en prueba aquello que acababa de confesar. Me concentré y en unos minutos le leí la mente al teniente. Sorprendido de lo que acababa de escuchar, ordenó a los sargentos que me limpiaran la cara. El requisito para leer la mente era conversar con esa persona por un mínimo de diez minutos. En el caso del teniente, él llevaba interrogándome por más de media hora. Esa misma tarde me dieron algunas indicaciones y limpiaron aquél cuarto. Ahora tú interrogarás, me dijo el teniente. Uno a uno, hicieron pasar a mis paisanos. La única condición que pedí era que me dejaran a solas con cada uno. Solo de esa manera podía leerles los pensamientos; la concentración era una condición para la telepatía. De adolescente, mi papá me contó que un telépata no debía consumir alcohol ni determinados alimentos; tampoco debía tener sexo, además debía llevar una vida solitaria. Yo cumplía con todos los requisitos, vivía alejado de los placeres mundanos y pasaba mucho tiempo en la puna. Ese día me quedé interrogando a mis paisanos e identifiqué quién era de Sendero y quién no. Era una tarea muy complicada, tan complicada como la situación de algunos. Había quienes eran de Patria Roja por convicción, mientras otros lo eran porque no les quedaba de otra. Eran tiempos difíciles, tiempos en que el país estaba en el limbo. No me reservé nada y fui develando quién era quién. Exhausto, cada cierto tiempo me metía hojas de coca, las que chacchaba mezclándolas con cal. Fue una larga jornada que se prolongó hasta el día siguiente. Tras interrogar a gran parte de mis paisanos, el ejército me llevó a los pueblos aledaños. Me sentía desgastado. No estoy seguro

si tras tres o cuatro semanas, pero luego de interrogar en esas poblaciones, me trajeron a Lima. Nunca supe cómo terminó esa gente, si acaso los ejecutaron, los procesaron o los dejaron libres; lo cierto es que a partir de allí me enrolaron en el SIN. Me mantuvieron cautivo, dándome de comer y poniendo a mi disposición profesores en distintas materias. Incluso conté con talleres personalizados para desarrollar mis habilidades interpersonales. En paralelo, cada cierto tiempo me traían gente detenida a quienes interrogué en sitios que hasta hoy desconozco. Gracias a mis aportes lograron capturar a algunos cabecillas terroristas, aunque en su momento no lo supe por mi condición recóndita. Fue casi una década moviéndome en la clandestinidad hasta que el país se pacificó (no del todo, pero ya la situación era distinta). A inicios del siglo, los altos mandos del SIN decidieron exponerme en las calles como infiltrado. Ingresé a la Villarreal a una carrera de ingeniería. No era raro ver a viejos exmilitares infiltrados en los salones, topos mezclándose con alumnos jóvenes y estudiantes eternos, aquellos que eran conocidos como “dinosaurios”. En esos meses conocí a mucha gente, pero a los que más recuerdo son algunos estudiantes realmente brillantes en temas de ingeniería, pero nulos en política. A nadie se le ocurrió que yo fuera un espía. Por el contrario, yo seguía leyendo la mente de aquellos con quienes conversaba, aunque cada vez con más dificultad. Me mantuve así por cuestión de meses hasta que el régimen fujimorista cayó. Dos años después me tiraron dedo, me culparon de algunos asesinatos perpetrados por el SIN. Nunca supe sobre dichas intervenciones, yo solo informaba lo que leía en las mentes. Había inocentes, pero también muchos culpables. No soy responsable de las decisiones de los altos mandos del SIN, yo

solo hice mi trabajo. Por otro lado, he recibido diversas llamadas en las que me amenazan. Me dicen que el Partido no ha muerto y que tengo los días contados. Lo más triste es que perdí mis habilidades telepáticas. Estoy perdido. Por ahí me dijeron que me agarrarán antes del cambio de mando: Toledo se irá y Alan ya fue electo por segunda vez.

Ahora luzco irreconocible, llevo este pasaporte falso, y la foto que aquí se muestra nada tiene que ver con Avelino Cutipa. Tengo miedo. La cola se va acortando. Espero poder pasar.

Yo vine hasta aquí

Yo vine hasta aquí en busca de la metaficción
de la experiencia transformada y la inspiración
vine hasta aquí con la pobreza en los bolsillos
recalando en cuartitos misérrimos de toallas hirsutas
noches lacónicas acunado en el regazo de la fornicación
escuchando gemidos y la intimidad a flor de piel
yo vine hasta aquí en nombre de la fe
visitando el Arco del Triunfo y antiquísimos templos
bellos campanarios tocando el cielo
púlpitos labrados en caoba
retablos y óleos enmarcados en pan de oro
Santo Domingo San Agustín Santa Teresa todos los santos de
cal y yeso
atávicos en el inconsciente colectivo
y una mañana Cristo fue coronado
espinas resacas punzando su frente
gotas de sangre derramadas por tu culpa por mi culpa por
nuestra culpa
y el peso de la cruz rasguñando sus hombros
y el sol implacable sobre nuestras cabezas
cientos de penitentes rumbo a Santa Ana
allí donde el hijo de Dios murió en la cruz
y por la noche la Virgen Dolorosa tras un féretro de cristal
Cristo tendido sobre un lecho de flores
pétalos blancos aplastados por la muerte
y mujeres en velo cantando en calles oscuras

Apu yaya Jesucristo Apu yaya
y en Valdelirios la juventud entregada a la noche sin límites
y en medio de todo me detengo y recuerdo que vine hasta aquí
por la experiencia transformada
 escurriéndome en cunetas de piedra
y al llegar el día mi reflejo empozado en charcos pestilentes
 triste olor a fermento envolviendo la mañana
y en el mercado Santa Clara gente sorbiendo humeantes
patascas
 saboreando puca picante panes chapla
 mientras pido un café recordando que vine hasta aquí por
el Pascua toro
turistas de rojo alertas al paso de morochucos y toros
¡Pascua toro! ¡Pascua toro! gritando en las calles
 hombres y mujeres al libre albedrío
y el sonido de bombos y trompetas viajando en el aire
 incitando bailes bajo el cielo celeste
 alegría replicada en calles plazoletas Acuchimay Canaán
 cuyes chactados pachamanca chicha en balde
forasteros urgidos por el deseo
 ebrios incontinentes bebiendo aguardiente
 mientras avanzo entre ellos dando sorbos de esta botella
mi cuerpo un naufragio de droga permeando en mis venas
 (cálido-incandescente)
porque yo vine hasta aquí agazapado en la vibración de una
guitarra
 absorto en el núbil parpadeo de fuegos verde-violeta
 de cohetes destrozando tristes melodías
 de huainos que se estiran hasta el amanecer
carrizos calcinados charcos de orina

y la multitud esperando la Procesión de la Aurora
imponente anda fulgurando bajo el cielo azul
porque yo vine hasta aquí en busca de
la resurrección de la carne
la vida eterna
amén.

LISBY OCAÑA

Es bachiller en Literatura por la UNMSM. Se desempeña en proyectos de educación y edición. Estudia la maestría de Escritura Creativa en la UNMSM.

Los mamíferos de mi jardín

Hay mamíferos en mi jardín. Es una fiesta de pelajes y hocicos que se encuentran y se lamen unos a otros, mientras yo preparo mi desayuno o saco libros de mi mochila.

Estos animales se alimentan con hojas espontáneas de llantén y algunas hierbas que yo uso para infusiones (la hierba luisa y su textura filosa ha lastimado la lengua a más de uno). Todos tienen el aliento tan agradable, que a veces me acerco a besar sus bocas. Cada tarde, los mamíferos de mi jardín imaginan cómo sería tener alas de cuculí y hasta dónde podrían alzar vuelo, sin caer traicionados por su propio peso, o peor aún, conseguir solo un aleteo grotesco, como de gallina. Esa idea sí les quita todo ánimo, no sé por qué su alta susceptibilidad al deseo de tener alas.

En una ocasión llevé un pez al jardín. Lo retiré del recipiente con agua salada que lo mantenía vivo. Tomé su cuerpo con ambas manos y lo dejé en medio del pasto. Al instante, todos los mamíferos hicieron un círculo a su alrededor, sin acercarse demasiado lo observaron con interés; nunca habían visto un animal como ese, cuyo brillo plateado era luz en la noche. Ahí se quedó el pez, y todos lo vimos agitar su torpe cabeza sin cuello.

Circulación masiva

Imagina nuestro mundo sin bichos
¿cuánto tardarán en regenerarse?
el mar está cambiando sus colores
los países deben reforzar esfuerzos
policía ataca a manifestantes
miles de jóvenes asalariados
jefe, mejor si no sabe, no opine
un hombre pierde todo y se mata
qué triste final para una promesa
son cinco expresidentes acusados
por corrupción y habernos mentido
colegios en estado de emergencia
Ministerio de Educación calla
chanconcito muere atropellado
¿y cuánto me da por estos prófugos?
la incansable búsqueda de muertos
una breve historia astronómica

el cine como industria avanza
¡mano de Dios evitó más conflictos!
Chanel ficha a modelo transgénero
la espiral tóxica de YouTube
respira por la herida abierta
inmenso mar de sargazos florece
“cierre. aunque nos tengamos que ir todos”.
les entregaba la plata en bolsas

“así no juega Perú”, dijo el Tigre
la dama de la laguna resiste
no disminuirán las lluvias en el Norte
los hospitales no se dan abasto
queman plantaciones de marihuana
peruanos se enamoran seguido
aumentan familias disfuncionales
mujeres marchan por aborto legal
era hermoso, no lo vas a creer
los fujimoristas obstaculizan
el progreso del país y sus bosques.

Subida de malecón

Subida del malecón
Tengo que decirte
Agustina
tu mirada por la noche es humo de niño
recién nacido que alumbra los peldaños
de la escalera por la que subimos
cuando la fiesta ha terminado
y la neblina viene desde Morro
para envolver a los enamorados
que se amanecen en el malecón
lamiéndose el aire de las bocas
y confundiendo sus manos
con los cangrejos de sus bolsillos
fríos
sucios
estremecidos.

La carretera

Entre todas las cosas
existen cordeles con ropa tendida
cordeles como carreteras
carreteras con ropa tendida
una expresión de prendas
para cambiarme cada vez
que haya tomado un banco
o una estación de combustible
y el protocolo del delito
indique que debo renovar el traje
antes de salir a escena
otra vez
a escena

con la serenidad que amerita el caos
me visto
en el escenario hay un espejo y una puerta
la luz marca distancia, destruye
los virus del invierno pasado
mi reflejo sonrío convencida
todo está bajo control
voy a cruzar el umbral sin expectativas
la autopista me recuerda
cómo son tus manos
me asalta la pregunta
¿volveré a darte lo mejor de mí con la boca?

el camino se interrumpe
en la frontera de ciudades siamesas por su océano
ahora no puedo decir otra cosa
nomás estas palabras al ritmo
de un perro dormido en la pista.

Piedra y tiempo

Ser persona
y aprender de una piedra
el bello acto de permanecer
detenido en el tiempo.

Kam Lú

En esos días
días nuestros
la vida era agridulce
como el chifa

¿recuerdas?

entre la calle y la avenida
me queda el sabor en la boca.

El amor

Te agradezco
el alcohol
y el remolino
de tordos
al amanecer

ríos mentales
cuando elijo mi espacio
sobresalto de estación
la bulla discreta
deja una respuesta
tan fea
no sé si lo sabes
 la monogamia ataca la carne
el amor no toca la carne
el amor es un armario cerrado
un nuevo dios
una joya para el dolor
una broma
la dirección
que escribe letras
con los pasos
una X en el mapa de tu calle
muy tarde
para la edad interior de mi sol
en el fondo
sueña el fauno

el falso verano dispara azul
lo que sucede precede al plano del amor
literatura fraudulenta
como el paso del tiempo.

AARÓN ORMEÑO HURTADO

Poeta, periodista y videasta. Autor del poemario *Contrabajo y huesos* (Paracaídas editores, 2014). Actualmente es estudiante de la maestría en Escritura Creativa de la UNMSM.

Dos orquídeas para dos chicas lindas

Alicia lleva puesto un vestido con estampados de orquídeas y Silvia un polo con la misma flor. Son las chicas más bonitas que has podido ver en este barrio del Callao. Notas que no solo son encantadoras físicamente. También llevan un enigma atrayente en sus miradas. Las observas y simplemente bajas la guardia por un instante. Si fueras pintor y quisieras usar el color rosa, escogerías una tonalidad de sus labios.

No quieres enamorarte perdidamente. Ya te sucedió una vez. Sabes que tu corazón no es un músculo. Es una bolsa de veneno que puede reventar en cualquier momento y matarte. El sol cae y las ilumina, como si la fachada de la casa de Silvia y la conversación que sostiene con Alicia fuera acordada para hacer una fotografía de dos chicas guapísimas. Alonso, al igual que tú, está callado mirándolas. Es como si todo el ritmo del mundo se detuviera alrededor de ellas. Él interrumpe el silencio contemplativo para decirte que ha decidido salir con ellas. Bueno, también te incluye en lo que llama un “plan magnífico”. Suena realmente ridículo, como jugar a perder, pero extrañamente lo escuchas y piensas que podría salir todo bien.

“Vas a quedar más contento que perro con dos colas. Yo hasta me caso con Silvia. Solamente debes escuchar mi estrategia y todo saldrá bien”, dice Alonso con mucha seguridad. Te mira a los ojos con gran convicción, como si ya hubiera visto el futuro. Suena a que tiene un plan infalible. Ellas conversan al otro lado de la pista. Nos miran y se meten a la casa. Seguramente se han dado cuenta de que hablamos de ellas. Ambas son realmente lindas, pero es con Alicia con quien te gustaría conversar. No sabes por qué te atrae tanto. Se mudó al barrio hace unos cuatro meses. Desde entonces no has hecho nada más que mirarla. Ella no ha hecho nada más que rechazar tus miradas.

Piensas y piensas mientras Alonso te habla. Dice que deben llevarlas al Centro de Lima. “Tenemos que ir a bailar al Etnias con esas flacas. Queda en un segundo piso. Hay unas juergas bravas. Todos salen ganadores. Vas a salir campeón sí o sí”, te comenta. Hasta ahora no entiendes de dónde viene tanta confianza, pero resulta contagiosa. Decides ilusionarte un poco. Sonríes sospechando que son unos imbéciles. Eso deja de importar de a pocos.

El dichoso plan consiste en regalarle una orquídea a cada una. Su prima las vende y él las puede conseguir a un buen precio. Te dice que es la flor favorita de ellas, porque la llevan en varias de sus prendas. Les ha hecho una suerte de seguimiento a la ropa que se ponen. Te sientes un poco confundido, ridículo y perdedor, sin embargo, te sigue seduciendo la posibilidad de que todo vaya bien. Piensas en la gente que se desespera por ser feliz, en aquellos que en sus intentos terminan llenos de heridas, pero nada importa cuando el sábado se muestra tan tranquilo. Está tan sereno todo, que tu único plan es quedarte en casa y dormir temprano.

El domingo, cuando terminas de jugar fulbito, notas cuatro llamadas perdidas de Alonso. Parece que está desesperado. No has metido ni un solo gol. Ni siquiera has logrado patear hacia el arco. Sientes que es un mal día, pero devuelves la llamada.

Alonso, al otro lado del teléfono, dice que vayas “urgente” a las cuatro de la tarde. Cuando llegas se pone a hablar de Silvia. Comienza a hablarte de su rostro y termina hablando de sexo. Parece poseso por el deseo. Trepan al techo de su casa. Es prácticamente un depósito o un basural. Hay muebles viejos que dejaron ahí porque ya no los usan. También hay bolsas con ropa vieja, periódicos y libros regados por todos lados. Te sientas en un banco chato. Él se tira en un colchón roto. Tiene tantas aberturas que el relleno de paja y trapos se sale. No quieres ni pensar en los chinches o en toda la salvaje jungla de bacterias que habita en ese colchón. Al lado hay una mesita. Sobre ella hay dos macetas con orquídeas. Las consiguió. No quieres ni pensar cuánto le habrá costado. El plan sigue su curso.

Parece que ha dormido poco. Se le ve distraído con todo su alrededor, pero bastante concentrado en fantasear. A veces vivir imaginando es un consuelo para sobrellevar los días. Ahora notas que son amigos porque la mayoría de las cosas les salen mal. Ambos parecen ser despreciados por la suerte. De la nada empieza a hablar de su última ex enamorada. Terminaron porque ella se fue a Estados Unidos con un músico de *jazz* que conoció en Iquitos. Sonríe y sigue hablando con una foto de ella en la mano derecha y un vaso con kerosene en la mano izquierda. “Qué infierno es la vida y qué ridícula es la existencia a veces”, dice Alonso sonriendo. Tú solo te asustas. No entiendes su comportamiento.

Él mira las orquídeas y sonrío más. Remoja la mitad de la foto en el vaso. Dice que cuando obsequien las flores, empezará una nueva etapa en la vida. Deja el vaso en el piso, a un lado del colchón. Saca una tímida llama de su encendedor. La observa. Cuando la apaga te pide que mires la casa de Silvia. Ella está ahí, en el segundo piso, apoyada en el marco de su ventana. Habla por celular. Termina y entra. Alonso mira la foto y la quema. El fuego corre tan rápido que llega a arderle un poco los dedos. Tira la foto. Esta cae sobre el colchón que ya había recibido unas gotas del combustible. Tú no sabes qué hacer. Todo resulta tan tonto. Solamente piensas en lo estúpido que es Alonso, pero que esta vez ha superado sus propios límites. Él se saca el polo y empieza a tirar aire. El fuego corre rápido. Baja a su casa corriendo y te dice gritando que traerá agua.

Regresa rápido con una jarrita. Mira la llamarada. Nada puede hacer contra el fuego que sigue creciendo, menos con esa cantidad de agua. Ahora te mira con una expresión de pánico. Coge su celular para llamar a los bomberos. No tiene saldo. Tira el teléfono al piso. Te vuelve a mirar. La paja del colchón se enciende más rápido y suena como si estuviera reventando. Una densa humareda emana. El fuego corre. Las demás cosas del techo también se queman. No se puede respirar ni ver bien. El calor es insoportable. No hay otra opción que correr y salir de la casa. El incendio se traga las orquídeas.

Se detienen en la pista del barrio sin entender absolutamente nada. Para ser claros, saben perfectamente lo que ha sucedido, pero aún no lo pueden creer. Miran las llamas y el humo. A lo lejos se oye la sirena. Los bomberos llegan. Empiezan a controlar el fuego. Silvia y Alicia se acercan a mirar. Se acercan a Alonso a preguntar si está todo bien. Les dice que sí y queda mudo.

Silvia le dice que al ver el humo llamó de inmediato a la Central de Emergencias. Tú solo quieres olvidar este día para siempre. Alicia toma de la mano a Silvia. “Nuestro primer aniversario no tiene fuegos artificiales, tiene fuegos verdaderos”, le dice después de darle un breve beso. Se van sonriendo. Te quedas mirando la azotea y piensas en las orquídeas. La realidad ha incinerado toda tu fantasía amorosa. No tienes ganas de moverte y llegas a la única certeza: este día será recordado por los cuatro hasta la muerte.

Dos gallinazos en la Costa Verde

El sol quema y sus plumas negras hierven como breá.

Están en la Costa Verde poseídos por el hambre.

En una polvorienta área, entre la pista y la vereda,
hay un animal muerto en una bolsa.

La descomposición de la carne produce arcadas
a los corredores y ciclistas del domingo.

El olor a podrido es para los gallinazos
como el aroma de un guiso recién preparado
por unas amorosas manos.

Pero no pueden comer.

Cada vez que se acercan
un deportista pasa por la vereda.

El sol se hace más fuerte.
También el hambre.

Tendrán que esperar hasta la hora del almuerzo de los humanos.

A esa hora no pasará nadie corriendo ni en bicicleta.

Entonces podrán incrustar sus negras cabezas
en las desgraciadas vísceras de ese perro muerto.
Para entonces los deportistas estarán disfrutando
de algún sabroso guiso hecho por unas amorosas manos.

Y todos estarán felices con las barrigas llenas.

Viaje de madrugada

He colocado la mochila
sobre la silla
como si fuera a hablar
a contar todo lo que me llevo.

También llevo cosas en la mente
imágenes como postales de agradecimiento
recuerdos secos.

Me largo al fin
no quiero mirar más la misma pared.

Ya tomé el agua de piña caliente
mientras recordé
una vez más
una canción
una melodía de piano que siempre regresa.

Mi mente se mueve entre el bien y el mal
como un mamífero agotado entre la luz y la penumbra.
Esta no es una película de Semana Santa
con un Cristo que va a resucitar.

No hay regreso.

Me iré en un vuelo sobre el mar

y no habrá noticia alguna.
Y al fin me alejaré
de esa vieja pared
que solo sabe de las sombras.

BRYAN PAREDES

Bachiller en Comunicación Social y estudiante de la maestría de Escritura Creativa en la UNMSM. Trabaja como periodista en la sección cultural del diario *Correo*, donde publica entrevistas y notas sobre literatura, teatro, música y cine.

Tinta seca

Estoy acostado en nuestra cama e intento recordar su olor. No el de los últimos meses, con pastillas y remedios, sino el de los primeros días en que hacíamos el amor en el departamento recién comprado. Aunque los focos del cuarto están apagados, distingo sus cuadernos, la grabadora de audio en la que registraba sus canciones y la pizarra con la agenda de un fin de semana que no llegamos a cumplir; de la superficie blanca solo quedan borrones de tinta seca.

Mi padre toca dos veces la puerta y me llama. En diez minutos saldrá el carro, hijo, me dice muy despacio: sabe que no he dormido toda la noche. Tenemos que llegar al mediodía a El Agustino, agrega, y se va cuando le respondo que bajaré en un momento.

Levanto la cara de la almohada tibia, húmeda, y me dirijo al placar. Las ropas colgadas en los ganchos están despintadas por la oscuridad. Debería encender la luz. No lo hago. Ya no me importan los colores: agarro una camisa al azar y me coloco los lentes oscuros antes de salir. Dejo el celular, apagado, en la mesa de noche. No lo necesito.

Afuera del edificio mi padre espera junto a un taxi. La familia, me dice, ya debió salir hacia allá. Solo asiento y entro al auto, detrás del chofer. Mi padre se acomoda adelante, en silencio.

Nos desplazamos con lentitud. Quiero pensar que el centro de la ciudad se detiene por momentos como un homenaje póstumo, una procesión por las ausencias diarias. Mi padre, que no ha dicho nada desde que subimos al carro, me da una mochila. Emilia la olvidó en casa, me aclara, antes de que pasara todo esto. La recibo, casi temblando, y junto las piernas para abrirla: está llena de libros. Los títulos no me dicen nada, excepto uno que tiene una palabra infantil: *Rayuela*. El nombre vibra en mi memoria.

Después de una clase electiva de Literatura, a la que había entrado como alumna libre porque nunca pudo estudiar esa carrera, Emilia me comentó que su profesor les dijo que leyeran ese libro, el que había recomendado a una amiga cercana antes de morir. *Ella estaba enferma y le pidió un libro, para sus últimos meses. ¡Qué difícil! ¿Te imaginas regalar el último libro que leerá una persona que quieres mucho?* No entendía la magia de *Rayuela*. *Este libro tiene fragmentos que uno puede leer como quiera.* Solo la escuchaba y asentía, mudo. *El mismo Cortázar dice en el inicio, mira acá, que se puede leer de forma lineal o a través de un tablero con un orden establecido por él o como se le dé la gana al lector.* Pienso en su voz, la música. *Este libro, mi vida, es un juego sin fin, una historia que se sigue contando, como para ser feliz en un mundo inacabable.* Un paliativo para el futuro, eso es. *¿Pero te puedes despedir de la vida cuando la disfrutas con un libro? Esto me tiene confundida y triste.* ¿Pude haber hecho algo más que esconderme? *No sé si deba leerlo ahora. Me da miedo.* Lloró un poco esa noche. Yo solo la abracé, como lo hago ahora con la mochila.

El taxista, cuando detiene su vehículo en un semáforo en rojo, pregunta con timidez si puede encender la radio para escuchar música. Parece que tiene la edad de mi padre, quien lo mira sin saber qué responder. Mi voz gastada le dice que lo haga, que no hay problema. El conductor presiona los botones del aparato, como si la luz no fuera a cambiar nunca a verde, y sintoniza una emisora de las baladas que seguro disfrutaba en su juventud. Una mujer empieza a cantar. Suspiro de manera exagerada, no puedo evitarlo, y mi padre se da cuenta. Me mira por el espejo retrovisor pero sigue callado. Volteo hacia la ventana trasera para despedirme del Parque Universitario.

Ahí nos besamos por primera vez. Recuerdo la textura de nuestros labios al juntarse y el calor de un tiempo distinto al cotidiano. Ese día fuimos al bar Valentino, en la Plaza San Martín, por la rocola. Emilia seleccionó el bolero *Motivos* de Los Morunos, que oímos en una película de Lombardi, y bailamos sin escuchar burlas o aplausos.

Apenas cursábamos el tercer año de nuestras carreras —yo estudiaba Arquitectura y ella, Derecho. Emilia quería ser escritora y cantante. Sin embargo, insistía en que *era más tarde de lo que imaginamos*, y hablaba de la poeta Alejandra Pizarnik. Yo no entendía la literatura, pero la amaba. Por eso memoricé un verso corto. Me acerqué a su oído y le recité: “Tengo 19 años y una mujer que se parece al canto”. *Carlos Oquendo* —me respondió— *Carlos Oquendo de Amat. No me dejes nunca, César Alonso*. Si no fuera por ese recuerdo, ya habría olvidado mi nombre.

Una tarde cercana me dijo que había decidido regresar a la casa de sus padres. Para ella, la situación era insoportable.

También utilizó la palabra “insana” para describir nuestra relación. Buscamos la solución en los lugares más insospechados y hasta vergonzosos para nuestras creencias, pero esto no hizo más que ahondar la distancia, un muro construido con nuestras desesperanzas.

—Ya no quiero verte —me dijo con el invierno más crudo en sus dedos.

Eso fue lo último que escuché de ella. Solo cuatro palabras. Cuatro.

El taxi llega al enorme predio agujereado por tristezas y flores. Mi padre le paga al conductor y baja despacio. Lo imito y camino a su lado.

—No fue buena idea que te quedaras a dormir en tu departamento —dice.

—Quería hacerlo —respondo, sin mirarlo.

—Nos tenías preocupados —murmura mi padre. Me mira de frente, como nunca. Yo hago lo mismo. Aguanto sus ojos en mis ojos—. Pensé lo peor.

—¿Puede haber algo peor?

—Sí, hijo —mi padre vuelve a quedarse en silencio, por un momento—. Lo peor es perderlos a ambos.

Quiero llorar pero ya no puedo. Mi padre lo hace por mí.

Todo acabará este año

Alguna vez dije que para olvidarte
debía quemar mi casa entera
respirar bajo las cenizas de nuestro cuarto
caminar por encima de las brasas ardientes
del amor que aún pena en este departamento
vacío y blanco por la falta de tus camisas
negro por el silencio de tus risas
rojo por el incendio que provocaron tus últimos gemidos

Es inevitable, me digo, ver cómo arden las fotografías
tu rostro iridiscente cuando llegaste con tus maletas
los ojos inflamados de ese fuego que ilumina cualquier tiniebla
y los labios de tinta y papel bond recién escrito
No quedarán rastros de tus manos
las ramas que dan forma a lo inasible
Pero tu voz resiste en las llamas

No se puede quemar el aire, lo que no se ve

Alguna vez dije que para olvidarte
debía quemar mi casa entera
Qué idiota
Primero tengo que incendiar mi cuerpo
ser viento
y seguir el camino que inicia el fuego

Cenizas

Fumo desde el techo de mi casa
para que las cenizas
aparezcan como una lluvia impredecible
en Lima
donde solo caen gotas minúsculas
que molestan como si fueran moscas
avispas microscópicas
células, bacterias, plaquetas
mojándonos sin tocarnos

Desde el cuarto piso
sin techo
ni cielo
fumo tres cigarros y las cenizas
y los breves incendios
llueven sobre las cabezas
de mis padres
de los inquilinos
de los que caminan calle abajo
de los que suben el cerro
de los que matan con armas
de los que matan con palabras
sobre la pareja que hace el amor en una habitación
las cenizas se encienden en su colchón
y también llueve sobre
los policías
los médicos
los maestros
y los científicos se cubren con un paraguas
creyendo en sus predicciones
en las certezas de las matemáticas

donde la ceniza
la ceniza y los incendios de mi cigarro
no tienen presencia

Cuando termine de fumar
los tres cigarros
de 1 sol 30 en la bodega
donde también funciona un hostel
ya no caerán más cenizas
ni incendios
pero sí lloverán mi saliva
mis lágrimas
mis ojos encendidos
mis dedos tocarán las frentes de las mujeres felices
mis labios besarán las mejillas de los hombres cansados
mis dientes germinarán en los jardines
mi lengua y mi sexo te buscarán
como antes como siempre
mi sangre lloverá en el mar
le dará el color que buscábamos en los atardeceres
mis pies pisarán el cementerio Miraflores
se ocultarán detrás de las flores secas
mis piernas agotadas
lloverán en la Morgue Central de Lima
para que los estudiantes digan
qué hermosas eran
y mi corazón seco
pero aún latiendo
lloverá en ese parque
que ya no existe
donde llovieron antes otros corazones

SEBASTIÁN REYES

Bachiller en Literatura y estudiante de la maestría en Escritura Creativa de la UNMSM. Activista social, investigador, crítico literario, amante de la lectura y de la creación de ficciones. Participante en diversos coloquios y congresos a nivel nacional e internacional. Actualmente, escribe cuentos y se desempeña como docente preuniversitario.

El sobre

Para Irma

Un hombre muy bien vestido ingresa a un lujoso restaurante en la urbanización Los Alisos. Ha huido de una atareada multitud a media luz del día. El hambre y los grandes negocios cerrados hoy han hecho que se precipite sobre la primera carta.

No parece ser un momento cualquiera dentro su rutinario quehacer. No más órdenes, ni mandatos, no más cuentas regresivas. Simulando cierto grado de extrañeza y desorientación, observa que junto a la estatua de un inca, un elegante y discreto mozo se precipita hacia él y lo invita a ponerse cómodo. El enternado se detiene, reflexiona un poco y seca el poco sudor de su frente. Siente que todo ha pasado ya.

A una distancia corta, el perfil del mozo se va dibujando. Sus ojos vidriosos denotan cierto grado de seguridad y también de timidez; en realidad, se trataba de medio hombre, delgado y de tez criolla. En su rostro se deja ver un horrible lunar. Nuestro visitante quiso sentarse. De casualidad deja notar una lista roja, manchada con la cual había ingresado. Muy sutil dirige distraídamente la mirada a la relación diversa de platos típicos y bebidas.

—¡Señor!... Creo que se sentirá mejor sentándose allá, en la ventana. Tiene una excelente panorámica —dijo el mozo con voz gutural.

El ambiente era cálido, apacible y se escuchaba una lenta melodía. Las mesas, todas en fila, semejabán un fino y delicado orden como es común en estos espacios del sabor; podía observarse a pocos metros una larga alfombra azul que conducía hacia una gran pileta, donde una escultura latina era rodeada por un juego luminoso de aguas; volviendo el rostro hacia la derecha pudo notar también unos cuadros cuidadosamente curados sobre las paredes y lo que le sorprendió más a nuestro recién llegado: una cabeza de alce colgada junto a un enorme reloj. Tantas cabezas había visto. Recién ahora habría de recordar la paz y la tranquilidad.

—¿Qué le servimos, señor?

Tomó por segunda vez la carta, ojeó los pedidos y al instante ordenó una algarrobina. Sin ningún retraso, el mozo se retiró con la demanda. El eternado intentó observar en vano a los clientes, ¿Hubiese querido llamar la atención acaso? ¿O una mirada de soslayo tal vez? Cruzó las piernas y no dejó de observar los detalles de esta casa tradicional. Había tanta tranquilidad en las caras de los asistentes, tanta indiferencia... Para entretenerse en la espera cogió una revista de la mesita de estar. Intentó distraer su ánimo leyendo las noticias locales, los deportes, el horóscopo: “Ten cuidado con las personas que te rodean”, le advertían. Tonterías, se dijo. *¡Además dejaré de verles las caras a esos cojudos! No más planes, no más encargos...* Cuando había llegado a la sección de policiales, fue sorprendido por una voz. Se trataba del mozo.

—Tenga señor, aquí está su algarrobina —advirtió el mozo interrumpiendo su soliloquio— Sírvase. Disculpe la demora, es que...

—Gracias, pierda cuidado —dijo sin inmutarse.

—¡Ahhh... no hay problema, señor... solo que...! Es que afuera hay dos camionetas negras... y un hombre que traía lentes oscuros me llamó... me pidió que me acercara a él; lo hice con cuidado y noté que no estaba solo... ¡uhmmm!... parecen ser conocidos suyos... me dijeron que lo estaban buscando desde hace tiempo. Quise evitar todo tipo de recado desconociendo lo que me decían pero... bueno, me dijeron que le diera esto.

El mozo extrajo de su almilla un sobre y se retiró sin decir palabra. El enternado cogió el sobrecito. Extrañado por la ocurrencia abrió sin precaución el sobre, el cual se encontraba cuidadosamente atado a una cinta sucia, manchada de rojo; desglosada la cinta pudo reparar en que las letras tenían un estilo poco usual; lentamente leyó la inscripción:

“Hijo de puta
te estamos esperando afuera
te vamos a matar...”.

Una señal de angustia se dibujó en su rostro al leer el referido pasaje. Una gruesa gota de sudor surcó su frente, pasando por su mejilla, el cuello, el tórax, perdiéndose finalmente en la tela de su camisa. De pronto, su rostro dejó notar una especie de tristeza o sufrimiento, parecía como si mil agujas hubiesen caído en su médula. Dicha sentencia lo dejó anonadado, frío, pálido y angustiado; fue tal lo acontecido que hizo caer su copa de algarrobina... [...]. Afuera, la ciudad comenzaba a estallar en ruidos.

Da vueltas la cabeza de pensar...

Da vueltas la cabeza de pensar
las marañas que habitan en la tuya
Alejados la edad y los decoros
te miro con ojos que no deben
te sueño con formas que aún no eres
te imagino de maneras ¿que serán?
Espérame, te espero
cada vez, cada entonces, cada día.

Y cada noche al caer
la somnífera calígine a mis ojos
soy feliz porque en sueños
sé que te veré más clara,
más joven, más mía,
más feliz, siempre feliz,
dulce niña de mi vida.

Y estos versos
lanzados al más cruel de los azares
son tuyos
y si los lees
será feliz el día del futuro en que suceda
sin reglas ni éticas que nos separen
habiéndose el largo tiempo de espera,
tuyo y mío, acabado.
Siendo libres al fin
sin ocultar
una sola mirada
ni las manos.

El viejo y la estatua

Esperaba como lo hace Manco Cápac
en la plaza que lleva su nombre.
Presionado en cada lado de su cuerpo
observa el movimiento de los árboles
vagabundos y perros callejeros
bebiendo silenciosos de la lluvia
diezmada a cuentagotas entre charcos.
Miraba a las aves volar con frescura
miraba a los gatos retorcerse en lo alto
miraba a los perros copulando en la esquina.
¡Qué lástima verme ser humano!
¡Qué lástima por sus nervios de piedra!

Esperaba cómo lo hace Manco Cápac
en la plaza que lleva su nombre.
Temeroso de un gobierno en cautiverio
rige sobre un púlpito de mármol
como muestra importante de museo.
Tallado en piedra oscura como sombra
que rueda con el paso de los siglos,
Manco Cápac se piensa el soberano
lleva siempre la borla en su cabeza
y alza el brazo en saludo a sus vasallos.

Como viejo judío camino al calvario
recibe el desprecio que las aves
en vuelo le lanzan.
Mas no soy quién para juzgarlas
ni las fuerzas son mías
para lanzar la primera piedra.
Soy incluso culpable de alimentar tal afrenta
con migajas de pan
e insolente apatía.

MANUEL TERRONES

Licenciado en Administración de Turismo y estudiante de la maestría de Escritura Creativa en la UNMSM. Algunos de sus textos han sido publicados en diversos medios digitales y antologías literarias. Es autor del conjunto de microrrelatos *Transparencias* (2018), publicado como parte de la *Colección Underwood* de la PUCP.

El destino del perseguidor

Un hombre aborda el microbús con la esperanza de finalizar el cuento que ha dejado a medio leer. Toma posesión de uno de los asientos de plástico del fondo, abriendo la mochila con rapidez y sujetando con una mano el libro. La música, una cumbia psicodélica, lucha por imponerse al quejido del motor, haciendo que el lector se lamente por no haber llevado audífonos. Ahora deberá esforzarse para lograr entrever la trama.

Algo de concentración y el milagro se obra. Entre letras y signos, aparece la imagen del perseguidor. Busca a su víctima, navaja en mano, dispuesto a cobrar venganza por una infidelidad recién descubierta. La espera, refugiándose en los callejones, hundiendo su figura en la oscuridad de la noche, internándose de golpe en una calle vacía...

El micro se detiene abruptamente y el chofer sube el volumen de la radio. La atención del lector se desvanece junto a la voz de la cobradora, que ha bajado de un salto al medio de la pista, zigzagueando entre combis y taxis para clamar por pasajeros. El semáforo está en rojo, pero el bus avanza con sigilo hasta arrollar el paso de cebra. La cobradora vuelve, y segundos antes del cambio de luz el micro reanuda la marcha. Las palabras vuelven a deslizarse en los ojos del lector, brindándole señales que su mente, aturdida por los vaivenes del bus, apenas logra captar.

El perseguidor ha divisado a su víctima, y se lanza en pos de ella. Al principio, la víctima no lo nota, hasta que una sombra, alargada por la luz de un oportuno poste, le indica que no está sola. Emprende la huida, acercándose a un malecón desierto, cayendo en la trampa del perseguidor. En ese lugar, aunque ella grite por ayuda, jamás será escuchada...

Una nueva detención, esta vez más violenta, vuelve a sacar al lector de la historia. Al lado, un micro de la misma empresa les ha cerrado el paso. Los choferes de ambos carros se gritan desde sus asientos. La cobradora también interviene. Podrían estar bromeando o discutiendo. De todas formas, la cumbia y el reclamo de los pasajeros le impiden escuchar lo que se dicen. Atrás, los carros que esperan en fila animan la disputa de los conductores con la bulla de sus cláxones. Al frente, la calzada se extiende tensa como una hoja de papel. Por fin, los buses vuelven a andar y, por enésima vez, retoma su lectura. No quiere darse por vencido. Le parece haber encontrado, por fin, la clave del cuento. El motor resuena tanto que parece querer estallar, opacando incluso a la música de la radio. No debe distraerse. Su destino está cerca y no sabe cuándo podrá terminar el cuento después de bajar.

El chofer acelera la marcha; el hombre, su lectura.

El sonido del motor irrumpe en la historia, desgarrando la ilusión, haciendo que todo gire de un modo radical. La víctima parece buscar un camino que le permita alejarse del perseguidor, perderlo de vista. La figura del perseguidor aparece en la cima de una calle empinada. Hay que apresurarse. El olor del mar le indica al lector que está cerca

de su paradero. El cuento está por terminar. Las señales son pasadas por alto. Desliza sus ojos a toda velocidad. El perseguidor intercepta a su víctima en loca carrera cuando bordea el malecón. Se abalanza sobre ella. El micro que no se detiene, un golpe violento, el muro del acantilado apenas resistiendo el peso de los cuerpos, un giro impensado, un estruendo. El lector ya no puede alcanzar el final...

El deseo arriba de pronto

Hendiendo la calma a galope de bestia
Agitándose entre mantos con la malicia de un niño
Que jugará en la noche a esconderse entre sombras.
En su presencia
Queda solo empuñar la rienda
Y domar la criatura que se alza
Lejana, sobre la llanura oscurecida,
Intentando alcanzar con una mano
La superficie reluciente de la luna.
Domado el deseo,
Se hunde en la espuma marina, herido el corazón,
Perdiéndose en las olas del recuerdo.
La masturbación
Es un mensaje en la botella
Que se dirige a cualquiera.

Hijo

alguna vez padre me dijo
que de no haber nacido yo
sería

un dibujante de paisajes
alguna vez madre me dijo
que de no haber nacido yo
sería

una mujer libre y feliz

soy
el hijo de dos destinos frustrados

y
al mismo tiempo
hijo del orgasmo incontenible
de un dibujante de paisajes
y una mujer libre y feliz

JHEMY TINEO MULATILLO

Es docente y estudiante de la maestría en Escritura Creativa en la UNMSM.

Reencuentro en el hotel mil estrellas

Estás en bóxer frente al espejo.

Te peinas. Acaricias tu rostro, palmoteas tus cachetes. Miras la hora en el celular. Ocho de la noche. No hay apuro.

Te bañas en colonia. Coges una camisa, la dejas. Escoges otra, dudas. Acercas tu rostro al espejo. Sonríes. Cierras los ojos: sus senos luchan por ahogarse en tu boca sedienta.

Te decides por una camisa floreada. Escoges un pantalón azul. Vuelves a acariciarte el rostro. Tocas unas pelusillas en tu quijada. Miras las afeitadoras. Eliges una, levantas el mentón. Es ella la que se pone a rasurarte. Sigue insistiendo en volverte lampiño. Y así, de tanto afeitarte supo sacar a Liliana de tu carne.

Sin embargo, cuando ella murió, volvió a tu piel el vaho a vientre soleado que Liliana te dejó al marcharse.

La contactaste.

Le hablaste del “hotel mil estrellas” donde los jóvenes siguen amándose al aire libre. Le enviaste fotos de la ciudad, del río, del árbol, de todos los lugares donde se amaron con el sol hirviendo en sus vientres.

Pactaron volver a verse dos veces al año.

Sin riesgos ni compromisos, te aclaró.

Como para visitar la ciudad, a la que no había vuelto desde de que se marchó hace quince años, Liliana viajaría primero.

Cambias tu camisa floreada por una blanca con rayas azules.

Te pones unos zapatos negros. Los lustras.

Hubo un tiempo en que todas las mañanas te despertabas pensando en Liliana. Tenías su piel soleada revoloteando en tu nariz. La mimabas frente al espejo. Tus dedos acariciaban la humedad de su sexo adolescente. Luego, cuando te casaste, ya solo podías evocarla con la saliva atragantada en la garganta. Para disminuir tu culpa, amabas a tu esposa y te sacrificabas trabajando en las labores domésticas.

Fuiste un marido ejemplar, se burló Liliana.

Coges el celular, lees por enésima vez el mensaje:

Llegué al mediodía. A las diez de la noche en el “hotel mil estrellas”. Bajo el árbol que tú ya sabes.

Un nuevo texto de Liliana ha llegado:

Después de quince años de no hacerlo contigo, me hallarás virgen.

Recuerdas sus senos adolescentes navegando en tu boca. ¿Cómo será tenerla ahora?

A mí también, contestas.

Ella te envía un ícono obsceno.

Tú respondes con un “ja, ja, ja”

Una erección estira la bragueta de tu pantalón. Te mojas las manos con más colonia. Acomodas el cuello de tu camisa.

El celular te muestra un selfie de Liliana luciendo una minifalda negra:

No me veo tan mal para ser una cuda, te escribe.

No creo en leyendas urbanas, contestas.

Ahí te van mis patas de pájaro.

En esta foto, tiene la minifalda remangada en la cintura. Sus

piernas llenan la pantalla de tu celular.
¿Ahora ya crees en leyendas urbanas?, te pregunta.
Sí, ahora creo.
Sales a la calle. Tomas un *motocar*.
Ya salí, prepárate cuda, le escribes.
Durante el trayecto, no dejas de mirar las fotos de Liliana.
Me voy contigo, puedo leer qué piensas decirle.
Liliana te hablará de su marido. Dirá que no quiere separarse de él.
De todas maneras, viviré donde vives, planeas insistir.
Pero no podrás verme más allá de dos veces al año.
No te quedará más remedio que aceptar.
Bajas del mototaxi. Ingresas al “hotel mil estrellas” de la ciudad.
Bajo el árbol te quedas esperando.
Ya estoy por llegar, lees un mensaje.
Respiras el vaho de su vientre soleado. Imaginas cómo será su nuevo olor. Estás sudando. Te abres un botón de la camisa.
Secas tus manos en el pantalón.
Ya es hora, me digo.
Empiezo mi transformación. Mis patas de ave se vuelven piernas de mujer. Mis plumas se convierten en senos, en vientre, en sexo. Ya no tengo alas ni pico: soy Liliana, la que esperabas.
La otra Liliana, la verdadera, la que te ama, sentirá unas manos igual que las tuyas. El hombre que la ame tendrá tu rostro, tu porte, tus gemidos.
No me sientes llegar a tu lado. Te abrazo y hundo mis senos en tu boca.
¿Me hallaste virgen verdad? Te pregunto sin palabras.
Desde ahora, solo de esta manera podrás comunicarte con el mundo.

Mujer y ave

*Y eres ave,
mujer y milenaria
como el sueño que te trajo.*

I

Nos miras, nos mides.
Entre el grito y el rezo
me delatas tu prisionero.

Eva te envidia,
María te condena.
Lilit te celebra.
Tu no costilla en el origen nos confunde.

No trompas,
no olvidos
ni manoplas parturientas de otro espejo,

nunca noches más allá de pies cruzados;
solo un nombre
y más nombres temblorosos en los labios;
¡oh, agorera!
por ellos llego a ti,
y eres otras cabalgando mis temores.

II

Ante el silencio de los niños la nombraban,
pero tú no oías.
ni buscabas sus noticias
en la boca del abuelo.
Lo mío son los dedos,
nos decías.
Su torpeza y sus conejos.

Dibujaré sus plumas, te propuse,
sus pies distintos y no rezo.
Podrás ver lo que yo vi.

Como dos hojas
en la palma de una mano temblorosa,
nos quedamos frente a frente.

Cogí un lápiz.
Tracé un susurro.
Pinté la bulla del temblor en tus labios.
Nombré, volví a nombrar y me miraste.
Sigues mirando:
ahora soy alas;
sobrevuelo la ciudad,
abanico los montes.

III

Si mis frazadas
apenas te recuerdan;
entonces
solo duermes conmigo.

Pero si en mis sábanas
está la horma de tu cuerpo,
y en tu rostro la cara de mi almohada;
entonces,
no solo duermes,
también sueñas,
te levantas
y me llevas contigo.

IV

Mujer y ave,
hoy que dejamos de soñar
nuestros amigos serán derrotados.
La bulla, el verbo triunfará,
traerá extremos razonables;
distancias casi eternas
quemando entre nosotros
hasta el día del adiós definitivo.
Ya no más sobresaltos, hasta entonces.
Mamá tendrá paz,
papá olvidará el susurro en las cuatro esquinas de la casa:
seremos una mirada suya por encima de sus frentes.
Los umbrales,
los silencios sentenciosos perderemos.
Por fin el dolor será de los hijos.

LUIS TORRES MONTERO

Poeta, periodista y artista integral. Bachiller en Comunicaciones por la Universidad de Lima. Finalista del Premio Nacional de Poesía Copé (1999) con el libro *0000*. Ganador del Premio Global Voices al Mejor videoreportaje, en México D.F. Estudiante de la maestría de Escritura Creativa de la UNMSM (2019), es creador del cómic *Gatopop*. Escribe una pequeña novela, una trilogía de libros de poemas y un disco de canciones.

Bajo encierro, la palabra

UNO

Una piscina de vidrio molido donde las palabras se hieren entre sí. No puedo escribirte más. Es un panteón de verbos.

DOS

En mi descargo diré que salvé mi honor, utilizando todo lo que estuvo a mi alcance, amigos, operadores y asesores; solo quise que le dieran una lección, que muerda el polvo, que raspen contra el cadalso rocoso sus maxilares, que sienta el frío del silencio perpetuo.

TRES

Todos los días, a las ocho de la mañana, llega un guardia para tirarle un bolígrafo, que con una pita de alambre, es arrancada después de escribir durante un minuto. “A los escritores se les trata así para que la hoja en blanco perpetúe”.

CUATRO

El paciente presenta alucinaciones y empieza a escribir con un líquido rojo, en las sábanas. Dice que es su sangre con la que escribe. Presenta cuadros de ansiedad, depresión, y pierde la memoria gradualmente en esos estados. No expresa palabra

alguna, aunque algunos presidiarios dicen que canta todos los días, cuando la luz de la aurora entra por los techos y las cucarachas se esconden.

CINCO

Esa cárcel obnubila las palabras, sus largos fierros atravesaban su sienes de oreja a oreja, y los ladrillos pesaban en sus hombros como una base de castillo inacabable, el encierro finalmente era una alegoría de lo que es su pensamiento ahora, devastado, ignorado, a diferencia de esa demoledora columna en la contratapa de un periódico contra el régimen imperante.

No había agua que calme sus ansiedades. El hambre acechaba pero ya no era importante, como la necesidad de ver un parque con niños corriendo, las muchachas al viento con sus miradas enamoradizas, la mirada de su padre; y el sonido de los *skates* de sus compañeros de barrio.

SEIS

Una cacerola vieja donde cualquier moneda pequeña se colaba por los huecos. Vomitó. No era sangre, ni bilis. Ni baba. Eran palabras las que salían de su boca.

SIETE

Escribía en trozos de tela de su propia vestimenta, las palabras para sobrevivir, la cacerola llena de papeles. La respiración acelerada; sus hijos pequeños y dormidos con la madre. Solo quería la paz para imaginar. Pero fue mucho silencio, dentro de otros. Un aluvión de pensamientos golpearon su aleta dorsal, como si los escritores respiraran bajo el agua, ahora

en un caldero de aceite. Cuando le dijeron que pagara medio millón para librarse de la sentencia, debido a lo que publicó en los periódicos, ya había perdido el sentido de la realidad. Los jueces de su caso en matrimonio con los adversarios políticos almorzaban juntos en mesas largas. Insistieron con los mensajes de rendición.

OCHO

Temía que esta no fuera una cárcel indicada para los delincuentes de la palabra, o enemigos políticos, sino una especie de centro de encierro mental. Le tiraban baldes de agua helada para reaccionar y que delate su perversidad, y posteriormente se postrara a unas disculpas públicas; se dio cuenta de que el personal era demasiado mundano como para ser médicos o enfermeras. Convivir con los presos, cada uno en sus propios mapas mentales, desde lo que comes hasta los ruidos de las heces al caer, todo se escuchaba, el oído se sensibilizaba hasta el punto de escuchar el pensamiento, desde la penitencia y el arrepentimiento hasta las confesiones y los gritos ante el espanto del tiempo sin minuterios.

NUEVE

Poco a poco, el reo supo que el remolino de vidrio molido que trituraba la conciencia crecía y le hacía olvidar palabras. Estaba ahí para confesar su delito, antes de que empezara el juicio, y que no podría salir si antes no confesaba. Se percató de que sus rodillas temblaban al solo escuchar los nombres de su acusador. Hace algunas semanas, estalló la noticia de su caso en los medios de comunicación, y lo pensaban fugado, precisamente el objetivo del ministro y sus asesores: hacer caer al que se atrevió

a burlarse de él en miles de ejemplares publicados, y mientras los medios hablaban de él, ya desaparecido, etiquetado de condenado, ahora contumaz, después del veredicto del juez que, evidentemente, será celebrado en un club nacional.

DIEZ

Él estaba aliviado. No porque decidió salir de la cárcel, sino porque por fin comprendió que el fin estaba cerca. Y eso lo animaba más que estar en un sitio sin poder mirar el cielo. Agarró esas latas de atún, donde él veía unos ojos y unas hojas de afeitar, y lo apretó contra su cara en una escena tierna, mientras que un hilo de sangre bajaba sin dificultad por el cuello, una voz ahogándose en mar de babas, tinta, sangre y sudor, balbucea:

—es la ansiada libertad.

Una voz femenina

un día

Descubrí que era una poeta

No lo creía

sonreí a pesar de que una poeta

No es tomada en cuenta como una igual en el alto mundo de los hombres de las letras

(Igual vino un UFO

y me dijo Tú no eres poeta

Solo eres la antena)

En fin

La naturaleza y el cosmos

Me habían entregado sus espíritus eternos

Sin saber, en realidad

Si tenía vagina

o no.

nunca tomaron importancia al alto mundo de los hombres de las letras

Manifiesto Chichalandia

1. Los poetas somos extraterrestres.
(aunque los extraterrestres tienen mercado, los poetas, no)
2. Como extraterrestres hemos elegido esta cultura para el aterrizaje: la peruana.
3. Peruanizamos el mundo.
4. El poeta como el centro del escenario mundial.
5. Peruanizar todo (reforzar punto 3, insistimos).
6. Traducción de absolutamente todo lo que nos rodea en poesía.
7. La cultura chicha es nuestra cancha favorita para cambiar las cosas.
8. No somos ruptura, tampoco conservadores: succionamos.
9. Unimos todo.
10. Destruimos todo.
11. Creamos.
12. Recreamos.

Chichalandia es todo lo que tenemos para salvar el mundo
¿Te unes?

A Kenji Miyazawa

Una locomotora ruge
sobre el riel de la vía láctea

miras abajo

un quimono de flores
flota
en la mar oscura

adiós

un cascabel
vibra
en el fondo de tu pecho

Encuentro

un rinoceronte
una hipopótama
una hipopótama y un rinoceronte
se enamoran con la luz de la luna

Hipopononte
Rinopopótamo

nacieron

Noticario 2019

un cáliz se vierte en las Bahamas
mientras el Guasón sonríe los flashes
Joaquín Phoenix ha bajado 25 kilos
y aún no nace Batman en la Curva
el poeta no contamina aire
con nombres de políticos en versos
es un poema de lucha ambiental
FARC se alzan en armas sin más
Walmart limita venta de munición
la muerte de Lorca un plomo cae del cielo
crisis en Argentina pos crisis
de Venezuela una mina de oro
los millones de dólares en Netflix
la emocionante Teddy Quinlivan
la primera modelo trans de Chanel
Marco Martos en Panamericanos
la guerra de los drones con sus plagas
China y USA en guerra comercial
congresistas contra el sexo anal
patas de cucarachas en los ojos
las pestañas arden en pedofilia
Vérité de Hirokazu Kore-eda
en Venecia oh Juliette Binoche
el superviviente de Charlie Hebdo:
“vivimos el odio y el desprecio”
Germán Belli Hada Cibernética
el autor se retrata con su gato
aunque nunca mejor dicho miau
el gato se retrata con su autor
diría Smudge el gato del meme
Perú juega contra Brasil
aunque nunca mejor dicho miau
Brasil juega con Perú
enroque de Rodolfo Hinostroza
desangrada Amazonía flamas
rizomático diría Deleuze
Bolsonaro y Trump en las banderas
“quemem fascistas no Amazonía”
dice Caetano Veloso en una
Tía María no es importante

en el Olivar cocina un Golpe
quemamos tostadas en la San Antonio
una ballena muerta en esta Piura
un poema que se describe rea
en la nada de un hombre perfecto
a estas horas no comes ceviche
cómo leer esa constitución cómo
medicinas en nubes criminales
las garras femeninas de acero
antes del próximo feminicidio
dirige nuestra belleza un museo
en el paraíso de lo horrible
los UFOS se acuestan con las musas
o musos o muxos o muxers o muxxx o muchos
los dioses occidentales siembran out
los dioses orientales horadan in
los ateos no comen tubérculos
los agnósticos algunas veces
dislexia en la reina Isabel II
un tal Bertolt Brexit estoy leyendo
mueren por falta de incubadoras
la leche Gloria es leche en polvo
polvo enamorado Quevedo
pero corrige es polvo cínico
parapléjico en Metropolitano
ayudamos que retorne a casa
Iggy Pop presenta su disco Free
no compro las bolsas llevo un pulmón
una bolsa negra es el eslabón
illie Eilish arrasa en el mundo
menos en las zonas de bombardeo
el tren eléctrico irá más lento
si los genitales se enamoran
seguimos en un país donde hay más
UFOS que incubadoras en ataúd
el creador de Internet ataca
a los fakes news o noticias falsas
planeta un cubo de energón
que se nos acaba sin sustitución
y no importa más que el ahora
vámonos a la mar Tina Kunakey / Vámonos poeta rápido ya es
tenemos una isla de plástico / En medio del océano bravazo
un sol incendiario que puede ser / confundido con un Nicanor Parra
y achicharrados / Cantemos una última vez / Antes que el planeta nos vuelva
dos lagartos abras(z)ados.

ANTONIO VARGAS ALTAMIRANO

Estudió Literatura y maestría en Administración en la UNMSM, Composición en la Universidad de Música del Perú (ex-Conservatorio Nacional de Música) y Ciencias Administrativas en la Universidad de Lima. Como escritor, ha incursionado en diversos géneros de la ficción: poesía, cuento, novela y guiones para medios audiovisuales. Actualmente, cursa la maestría en Escritura Creativa en la UNMSM.

Los gemelos

Pedro siempre ha sido el más inclinado a los deportes de aventuras; a los campamentos al campo, a la playa o a las montañas; a salir de paseo o a viajar a cualquier parte con tal de no permanecer anclado en un mismo lugar y menos a quedarse en casa. Todos los fines de semana se desaparecía, y lo peor era que nunca le avisaba a la familia de su “huida”. Llegábamos de la universidad los viernes por la tarde y, él, apurado como un loco, corría a su habitación, reunía algunas cosas, las metía en su mochila y con las mismas se despedía de todos, al “vuelo”. Cuando mis padres reaccionaban y le preguntaban a dónde iba, mi hermano gemelo ya estaba en camino ¡sabe Dios a dónde!

Éramos idénticos físicamente y la gente que nos conocía poco o nada, siempre nos confundía. En cambio, los más allegados nos distinguían con toda naturalidad. Sin embargo, era fácil para nosotros engañar a los demás haciéndonos pasar por el otro. Esto lo hacíamos desde pequeños para no ser castigados por alguna travesura que hubiera hecho alguno, con tal de salvar cada cual su propio “pellejo”. Nos dimos cuenta desde entonces de nuestras semejanzas, pero también de nuestras diferencias.

Pedrito era indiscutiblemente el inquieto de la familia, pero además, se caracterizaba por ser bastante impulsivo. Yo,

en cambio, siempre fui el más ecuánime. Pensaba y repensaba cada paso que iba a dar y preveía acuciosamente las futuras consecuencias: era el “seguro” del clan. Sin duda estas particularidades marcaron nuestros gestos, nuestros ademanes, nuestros movimientos más inconscientes. Y la familia lo notó.

Por eso una vez, en la infancia, cuando me comí media torta de chocolate que nuestra madre había guardado escrupulosamente en la refrigeradora —advirtiendo que nadie la tocara porque era para el cumpleaños de la abuela—; y al día siguiente, al abrir la congeladora, se dio con la sorpresa que faltaba la mitad; nos preguntó —echando “humo”—: quién se había “embutido” la torta. Por miedo me adelanté y le mentí diciéndole que no había sido yo y, ella, muy sabiamente, me dijo: «¿Entonces, estás diciendo que ha sido tu hermano? ¡Bueno pues, José Francisco, estás castigado por “soplón”!». Años después nos contó que sabía quién se había comido la torta por lo derecho y preciso del corte, sin dejar residuos desparramados; y porque la forma de taparla también había sido perfecta. Y esa manera meticulosa de hacer las cosas sabía que era mía y no de Pedro, quien habría cortado la torta de cualquier modo esparciendo residuos por todos lados y tapándola como sea o, peor aún, dejándola —simplemente— destapada.

Pero hay algo que nadie más sabía. Y era que entre mi gemelo y yo nos podíamos comunicar de una manera sumamente insólita: por telepatía. Por eso, nuestros padres se sorprendían cómo Pedro, sin estudiar, sin leer, sin hacer las tareas, sacaba en los exámenes las mismas notas aprobatorias que yo. Y tanto en el colegio como en la universidad los profesores nos separaban poniéndonos en carpetas bien distantes porque creían que yo le soplabla a Pedro, aunque nunca pudieron comprobar sus acertadas sospechas.

Pero como no hay secreto en esta vida que no se descubra alguna vez, así sucedió con el nuestro. Fue al terminar la ceremonia de graduación que se llevó a cabo en la universidad, en que Pedro subió a su carro y salió “cueteadado” hacia la casa, se cambió de ropa, cogió su carpa e implementos de campamento, pasó a recoger a su enamorada y enrumbaron a toda velocidad por la vieja carretera a la sierra, paralela al río que esa noche estaba tremendamente caudaloso.

Mis padres y yo nos fuimos a cenar a un apacible restaurante italiano de exquisita comida, buen vino y melodiosas canciones. Estábamos a mitad de la cena, cuando de pronto comencé a escuchar llamadas de auxilio. Estas resonaban en mi cabeza. Al principio me resistí a prestarles atención, ya que estábamos disfrutando un momento muy placentero, y pensé que era pura imaginación mía que podía aguar tontamente la velada. Pero, luego los mensajes de socorro se hicieron más fuertes e insistentes. Fue en ese instante cuando me levanté —alterado— de la mesa y grité a voz en cuello: «¡Pedro...! ¡Pedro está en peligro, ha tenido un accidente!». Mis padres también se pararon asustados. Mi papá me dijo: «¿Pero, qué te sucede, José Francisco? ¿De dónde sacas tú eso? ¿Cómo se te ocurre hacernos una broma así en un momento como este? ¿Acaso te has vuelto loco?». Y mi mamá: «Hijo, tranquilízate por favor, guarda la calma, qué dirá la gente».

—¡Al diablo con la gente! ¡¿No entienden que Pedro está en peligro?! ¡Su vida depende de nosotros... ¡ ¡No hay tiempo que perder! ¡Vamos por él!

Salí presuroso y alterado del restaurante. Mis padres, desconcertados, me siguieron. Le dije a mi papá que manejaría, a lo cual accedió aventándome las llaves. Atrás nos perseguían

los mozos gritando que pagásemos la cuenta. Rápidamente nos subimos a la camioneta sin hacerles caso. Dos de ellos nos alcanzaron, y mi padre —bastante aturdido— sacó de su billetera el dinero; pero, en el preciso momento en que se los estaba entregando, yo aceleré en reversa el vehículo para salir del estacionamiento y los billetes volaron por los aires alrededor de los trabajadores. Luego pisé a fondo el acelerador y nos dirigimos hacia la carretera, guiado por una voz suplicante y angustiada que resonaba en mi cabeza diciéndome una y otra vez: «¡José Francisco, apúrate que nos ahogamos; estamos en el Km. 90 de la vieja carretera Central!».

Llegamos al lugar que me indicaba esa voz. Bajamos raudos del vehículo y vimos en el río el automóvil de Pedro hundiéndose. Ya me iba a lanzar a las aguas pero mi padre me detuvo increpándome: «¡Espera, José Francisco, te puedes ahogar; la corriente está muy fuerte y crecida!». Enseguida sacó de su camioneta un cable de remolque y lo enganchó al chasis de la “4x4”; cogí el otro extremo y lo pasé alrededor de mi cintura asegurándolo con un par de trémulos nudos. Luego, sin pensarlo más, me lancé al río. El ruido de aquel bravío torrente era ensordecedor. Desesperado y asustado nadé hasta el auto de mi hermano. Las lunas estaban cerradas. Mi angustia se incrementó. Intenté abrir su puerta pero no lo conseguí. El nivel del agua seguía subiendo y casi tapaba por completo el auto. La oscuridad de la noche y las aguas turbulentas complicaban el rescate. No obstante, como pude y arriesgando me zafé de la cuerda y sumergiéndome logré engancharla al carro. Luego, subí a lo alto del mismo y, saltando con los brazos levantados, como un iracundo, empecé a ladearlos de un lado a otro. Desde lejos mi papá entendió la señal y rápidamente

aceleró al máximo su camioneta atrayendo el automóvil de Pedro hacia la orilla, mientras yo yacía adherido al techo como un crustáceo. De inmediato salté a tierra y me precipité hacia la puerta del piloto, la cual forcejeé —con todas las fuerzas que me quedaban— hasta abrirla. Entonces, Pedro —tosiendo, al igual que su chica—, me dijo muy relajado y sonriente: «Te estaba esperando, “chancón”».

Gracias a la muerte

Apareciste de improviso
sin que nadie te llamara
con tu soberbia procaz
de toda la vida
con el fulgor petulante
de tu impercedera insanía

Nadie dijo que vinieras
nadie te llamó
nadie quiso verte
se te despreció
mas nada de esto
a ti nunca...
nunca te importó

Ya sabíamos de ti
y de tu indómita existencia
y de tu estúpida sonrisa agreste
y de tu afán por salirte siempre...
siempre con la tuya
en los innumerables e insensatos instantes trancos de tu ignominia

Te inmiscuiste cautelosa
cual intrusa sigilosa, dominante, prepotente, omnipotente
con tus mañas y artimañas
con tu etérea figura triste de impávido ceño sin fin

¡Ay! Si supieras cuánto te aborrecí
cuando junto a quienes más quería te veía
cuando a quienes más lloraba tú les sonreías
¡Ay! Si supieras cuántas heridas agrias abriste, ajaste, rasgaste,
ultrajaste en mi ser
y yo inocuo
sin poder hacer nada...
nada...

Pero ya no te temo
ilapso en ésta tu Hades busco tu rostro
para decirte que hoy pienso diferente
para decirte que quiero agradecerte
por estar aquí y ahora en esta infinita hora
por habitar este perenne apacible paraje excelso
y permitir encontrarme con los míos otra vez...
otra vez...

Fuego de amor

Declina la aurora
que anuncia severa
que ha llegado la hora
del eclipse total

Vislumbro tu cuerpo
en sombras marchitas
de grávidos entes
en diana final

Observo tu vientre
tus muslos, tus senos
tus ojos, tu pelo
tu aura inmortal

Percibo tu aroma
de amante, de ninfa
de hembra ceniza
en fuego de amor.

ALONSO YZASIGA

Estudió Educación en la Universidad Marcelino Champagnat. Actualmente cursa la maestría en Escritura Creativa de la UNMSM.

Desde el barril

Aprovechándose de mi estupor, Torres Bologna tomó mi grabadora, sacó el casete y lo guardó en el bolsillo de su camisa.

—Me divierten las variantes de dicha teoría. En la que sí coinciden todas es la que el Chamo se convirtió con el tiempo en el Chinchelín Coloreado.

—¿Pero cómo? Si en uno de los capítulos del Chamo, el Chinchelín visita la vecindad.

—Paciencia mi joven amigo. Verá, yo había planeado que uno de los finales posibles para el programa era aquel en el que el señor Panza vendiera la vecindad a una inmobiliaria que no tuviera reparo en ir subiendo la renta, hasta deshacerse de los molestos inquilinos. Los primeros afectados serían Don Ramiro y el Chamo, quienes abandonarían la vecindad, dando a entender que, obligados por la necesidad, se convertirían en hombres de bien.

—¿Y no fue de esa manera?

—Pues no. Don Ramiro y el Chamo optaron por convertirse en ladrones.

—Los caquillos, me está hablando de los caquillos.

—Exactamente. Ya como rateros, Don Ramiro pasaría a ser conocido como Pitirillo, y el chamo como el Chompas. Cansado de su lerdo compañero, Pitirillo lo abandonaría y el

Chompas encontraría a un nuevo socio en uno de sus amigos de la infancia.

—¿El Ñaño se convirtió en el Batijo?

—Pues sí, a los pocos meses de vender la vecindad al señor Panza, le sobrevino un ataque cardíaco. Su familia lo perdió todo y con el paso del tiempo el Ñaño se convirtió en delincuente. Ya habrá notado el nivel cultural que posee el Batijo producto de su infancia acomodada.

—¿Pero cómo llega el Chompas a convertirse en el Chinchelín Coloreado?

—En el argumento que yo había imaginado, el Chompas se entera de la muerte del Pitirillo por lo que decide abandonar el crimen y reformarse. Sabrá usted que muchos delincuentes se convierten en informantes de la prensa. Los periodistas confiaban en el Chompas al considerarlo como inofensivo. Pero lo que contaba muchas veces era inexplicable, y a tal punto fantasioso que prefirieron no prestarle atención, así que decidió escribir sus crónicas él mismo. Sus artículos fueron un éxito y se le invitó a trabajar como cronista en el diario *La Cigarra*, fue de esa manera como se reformó y eligió como nombre Victorio Chamón.

-Vaya, ahora entiendo, la relación entre Clark Kent y Victorio Chamón que se convertiría en el Chinchelín Coloreado.

— Yo no lo compararía con Superman sino con el hombre murciélago.

—¿Batman?

—Para comprender la relación, retrocedamos unos años. El padre del Chamo era una persona muy rica que tuvo un hijo con una mujer que no pertenecía a su misma clase social y con la cual nunca se casó. Sin embargo, mientras estuvo vivo nunca

le faltó nada ni a ella ni a su hijo. Cuando falleció, producto de un desafortunado accidente, la pobre mujer fue rechazada por la familia de éste, por lo que se vio en la necesidad de trabajar para mantener a la criatura. Provinciana, no conocía a nadie que la apoyara en la capital por lo que dejaba a su hijo en un orfanato para pasar a recogerlo en la tarde. Así, día tras día hasta que no regresó más. El niño terminaría escapando del lugar y llegaría a la vecindad que todos conocemos.

—¿Y nunca conocería su origen?

—Ya grande, con los recursos que tenía como periodista, descubriría quién era su padre y heredaría una cuantiosa fortuna, decidiendo luchar por la justicia.

—¿Pero cómo explica lo de las antenas, el mazo justiciero, la bocina paralizadora, las pastillas de diminutilina?

—Como reportero llegó a conocer al profesor Geniecillo, luego procedió a financiarle todos los inventos que le permitirían luchar contra el crimen.

—¿Cómo es que el Chinchelín llegó a conocer al Chamo?

—Dentro de los artilugios que poseía, uno escapaba a la atención de los televidentes. Habrá leído El mago de Oz o por lo menos visto la película, ¿no?, se percató cómo era que el Chinchelín se encontraba en el viejo oeste, en la época de los piratas o enfrentando a gánsteres de los años veinte.

—¿Las zapatillas?

—Las zapatillas por supuesto. Con ellas podía viajar en el tiempo. Fue así como retrocedió unos años para visitarse a sí mismo.

—¿Y procedería a convertirse en el Champañón Buenaparte?

—Ese fue el único capítulo que me arrepiento de jamás haber grabado. En éste, Chinchelín retrocede en el tiempo y

llega a la Alemania nazi para enfrentarse al mismísimo Adolfo Hitler. La torpeza de Chinchelín hace que sea capturado por los alemanes y que estos le quiten las zapatillas y el mazo justiciero, del cual hacen una réplica de color negro. Los científicos nazis se dan cuenta del poder de las zapatillas y deciden anexarlas a su propia máquina del tiempo: una campana gigante. El plan era traer armas del futuro para ganar la guerra. Chinchelín consigue escapar, recupera su mazo justiciero y marcha presuroso a destruir la campana. Cuando llega al laboratorio, Hitler ha conseguido activar la máquina, pero esta necesita cargar energía, y mientras eso sucede, Chinchelín y Hitler se enfrentan. El tirano posee la réplica oscura del mazo justiciero. El capítulo finaliza con la campana y el laboratorio destruidos, y el Chinchelín regresando al presente en medio de una luz cegadora. El accidentado viaje provoca que nuestro héroe pierda la memoria y parte de su visión. Su cerebro además ha sido afectado, por lo que es recluido en un sanatorio.

—Así nace la secuencia de “Los loquitos”.

—Champañón Buenaparte es el nombre que escoge nuestro protagonista porque no recuerda el propio. Sí recuerda su enfrentamiento con el tirano, a quien confunde consigo mismo por lo que se deja el particular mostacho. Tiene que usar anteojos porque como ya expliqué, su visión se vio perjudicada. Es recluido en la zona de los locos inofensivos, haciéndose amigo de Lucius Tañido, un licenciado en educación, que como muestra de amistad, le regala uno de sus sombreros. Lucius tiene que sobrellevar los espasmos nerviosos que cada cierto tiempo afectan a Champañón.

—¿Finalmente el doctor Charlatín?

—Con el tiempo Lucius se recupera, lo suficiente para no

ser una carga para su familia. Su esposa y su hijo adoptivo se lo llevan de regreso. Champañón se queda solo y para distraerse empieza a ayudar a los médicos con los enfermos del lugar. Lee muchos libros de medicina, al punto de convencerse de que muchas de las enfermedades son solo ideas en la cabeza. El propósito de ayudar a las personas hace que recupere su memoria, y ya siendo un hombre mayor ejerce la medicina e instala su consultorio. La bolsita de la que nunca se separa contiene el medicamento que evita que sufra sus espasmos nerviosos.

—Impresionante.

—Espero que se alegre al comprobar que la teoría que sostiene que todos los personajes que interpretaba eran en realidad el mismo. Ahora vaya y escriba, pero no se sienta mal si yo niego después todo lo que usted cuente.

Me levanté pensando si todo aquello era creíble, si en realidad valía la pena redactarlo.

—Antes de que me olvide, tome, sírvase.

La voz de Torres Bologna me sacó de mis cavilaciones. Me extendió solícito su cajetilla de cigarros y yo me apropié de uno, el cual, cabe resaltar, todavía conservo.

Piraña reloaded

Iba yo con mi amigo por el parque,
cuando lo vi entusiasmado acercarse.
Pude ver lo alto que era,
y él, mirarme:
¡Oh Piraña tú, cuya presencia lamento!

Aunque de noche,
sus ojos clarearon de felicidad al verme.
Sobre todo al cerrarnos la ruta,
presuroso.
Yo escondí la billetera que llevaba
Esperando que un policía viniera a socorrernos.
¡Oh Piraña tú, cuya presencia lamento!

Le supliqué. Pero él negó con la cabeza
Se encontraba drogado y bien fumado
Y al verme convertido ya en su presa
Me robó billetera, zapatos y hamburguesa.
Y unas lágrimas brotaron de mis ojos
Por sufrir percance tan cruento
¡Oh Piraña tú, cuya presencia lamento!

En eso sonó la alarma
que en mi reloj había programado.
“Ten -le dije resignado:
Esto también creo te lo has ganado”.

Pero el tono de mi voz era quejumbroso
Por sufrir tal padecimiento.
¡Oh Piraña tú, cuya presencia lamento!

Volvió la espalda,
sentenció: “si me sigues, te mato”
Pero cómo iba a ir tras alguien sin zapatos
sintiéndome un completo alcornoque
mientras el Piraña de lo más relajado
se fue sin que nadie lo enmarroque.
Esto sucedió en una etapa de mi vida, no es cuento
¡Oh Piraña tú, cuya presencia lamento!

Dibujitos japoneses

Toda mi vida pasó entre dibujitos japoneses
mientras otros deseaban una chica en su coche
escuchando bien alto música que ensordece
yo me preguntaba qué hizo MacGyver anoche.

Dicen que dar un beso es lo mejor del mundo
que te puede sacar del planeta y llevar a Saturno
yo preferí preguntarme como un total vagabundo
¿quién en Los Magníficos sería el villano de turno?

Recuerdo a la primera chica que se fijó en mi persona
la invité a ver una película de Los caballeros del zodiaco
aunque era bonita, con ojos verdes y cabezona
igual se durmió como si hubiera inhalado amoníaco.

Yo no sé qué hacían los demás para tener enamorada
yo quería ver los capítulos de Dragón Ball Zeta
o al Enterprise contra una nave Klingon bien armada
pero no una chica con buen cuerpo o buenas tetas

Toda mi vida pasó entre dibujitos japoneses
entre series de televisión y villanos con caretas
fui madurando como un día que amanece
aunque todavía prefiero ver... una película completa

Los alumnos de la Base 2019 de la maestría en Escritura Creativa de la UNMSM hemos tenido la suerte de compartir clases con miembros de otras promociones y estudiantes de maestrías afines. Una grata convivencia que ha enriqueciendo aún más nuestra experiencia académica.

Y para agradecerles, los hemos invitado a participar en esta antología con una muestra de sus trabajos, según su elección, tanto en cuento como en poesía.

INVITADOS

WENDY CASTILLO

Ha sido ponente en congresos nacionales e internacionales. Es licenciada en Literatura por la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional Federico Villarreal y cursó estudios de posgrado en la UNMSM.

Sin título

La hoja en blanco, mi lenguaje vacío...
le hago frente al silencio ancestral con palabras, con colores y formas.
Se me van acumulando más y más papeles, en esta mi lucha contra el olvido.

Algunos están cubiertos por el polvo del tiempo, otros mojados por lágrimas de niña...
Cada letra escrita, dibujada, vivida, duele, es como una canción infinita que siempre vuelve al origen del dolor, al centro de mis ojos.

Solo queda *s e g u i r* ...
manchar mis manos con más tinta, lograr acariciar un solo significado, exacto, perfecto, tanto que ya no sea necesario sentir más, y así ser una con la palabra, con el dolor, para andar juntos por el mundo.

Bonhomía

Todo duele
la rama que es balanceada por el viento
la vereda gastada por las huellas
un pajarito azul muerto en un charco gris.

Todo duele
la piedra olvidada en el camino
aquel suspiro al final de la rutina
el cuerpo consumido por el tiempo
el peso de los años vencidos.

Todo me duele
la indiferencia oscura de los otros
el agua estancada
mi silencio astral
el vacío de un abrazo
una sonrisa impostada.

Todo me duele
el grito de los hombres
el llanto de las hojas.

Sin embargo, el mundo sigue y sigue,
ya la palabra no oculta el dolor, pero queda la esperanza,
de creer que existe alguien... si eres, si sientes y aún te duele,
escúchame: estás vivo, pero nunca más solo.
Si pudiera ser niña
llenaría mi corazón de melodías
y pintaría de olvido las grandes heridas que los hombres llevan
en sus pechos.

Si pudiera ser niña
mataría el tiempo con mis manos
para abrazar cada árbol viejo y besar cada mirada vacía.

Si pudiera ser niña
bailaría desnuda en los bosques oscuros de verano,
en esas largas noches de silencio hasta el amanecer de nuevas
vidas.

Si pudiera ser niña
me enamoraría de un pajarito azul,
para curar con mi canto al olvidado niño de los hombres rotos,
que en este momento está triste y asustado.

Si pudiera ser niña
simplemente sería... amaría... sentiría...
tan solo dejaría de ocultarme entre palabras.

JOHN DURAND

Ha sido ponente en congresos nacionales de cine y de literatura. Cursa la carrera de Comunicación Audiovisual en la Facultad de Humanidades en la Sede Lima de la Universidad Privada del Norte. Cursó el Taller de poesía de la maestría de Escritura Creativa en la UNMSM.

Cienagros

I.

Hay milagros que no se escriben

Reflejos me afligen,

pasados que exigen.

Miradas y cicatrices.

Las personas miran donde pisan

pero no saben

qué hicieron

Qué hemos hecho... o quiénes estuvieron antes.

Bueno fuese no haber llegado,

no querer saberlo.

Quisiera estar dormido y dominado.

Visitar esos templos,

ser arriado por cada peso.

Ay, no sé de eso

Solo que

Los milagros son de queso.

II.

He querido

Hoy ya no puedo

He tratado, pero los tratos se cerraron.

Han intentado

fui tentado Y me mataron...

Hoy, ya no puedo
Ya no quiero
Me han matado los dolores
los humano con sus dones
lo hicieron con su diablo
ese viejo calcinado por sus voces y maltrato.
He cesado de este mundo injusto
a tiempo para ir
a lo profundo
donde me leen y me siento aliviado.
Pues este es mi paraíso
y me han matado...
Haciendo caso omiso a lo que juraron
Y su cielo que no me quiso
Pero les he mostrado el piso
Es quien nos dirá quien a cada lado.

Preguntas y respuestas

A Yolanda, mi abuela

Hoy
vengo a decirte
que fue un gusto
fue un placer
no verte, de repente,
sino heredar un fruto del edén.
Te explico, entonces, mi mirada
donde un rey se asoma
las palabras fuertes se colocan
pero hay recuerdos que no son broma
tu tierra aún no me perdona.
Por qué hay un sol
y a dos aves volando más allá
árboles que no dejan de bailar
y millones de gotas
animan a caer
durmiendo
entre las hojas
que no dejan de moverse.
Hay una especie que se mata y se miente
traiciona y hiere
estos malditos
que todo quieren.
Hay, también, un suelo
y aire y viento....
¿Por qué soy un ave?
Si recuerdo que vengo del suelo.

Nuestra jungla

a ti

Las veces que logro tocarte
Sólo esas veces
se crea un agujero
un metafísico en mí.
Un alma que sostiene amor
aparece en la ventana
de lunas con moho.
Y un vaho surge en los verdes arboles
un aire que urge ser limpiado
en la silla rota.
Ciénagas
ave que posa
sol cayendo
siento que la vida es hermosa
que es rima
es prosa
y ves cada segundo en miradas de tiempo
colores, movimiento
energía confluyendo
como amantes tierno.

Bajo la sombra y las mareitas del suelo
lugar que nos lleva y nos trae
sigue el viento
y más madera...
Maderita...

Pérdida Viral

a Pierina

En estos días volveré a verte
porque me quedan pocos
y lo sé,
cruzaré la delgada línea
e iré por ti.

Ya no cogeré la 36
cuando por fin mis ojos
como los tuyos se cierran,
porque al final
qué son unos pares de años para el universo...

Hasta volver
quizá volando
o nadando
pero no seremos los mismos
solo estaremos en la otra esquina
sonrientes como siempre
podrás quejarte al murmurar
y podremos correr primita...

Como en las tasas,
como en la Melchora
o en Don Marín.

Libres al fin, primita...

YARED MEDINA

Chosicano (1990). Licenciado en Educación de la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle (2014), donde también cursó la maestría en Docencia Universitaria (2015). Desde el 2018 cursa la maestría en Literatura Peruana y Latinoamericana en la UNMSM.

Rucanacoto

«Las divinidades andinas tienen un carácter erótico profundo y de esta forma establecen el cosmos, los ciclos vitales y engendran los hijos que serán definitivos en la mitología indígena.»

Chaupi Ñamca: takiscantari rumicunamanda huarmibuaca.

Sergio Andrés Sandoval

La fastuosa huaca se sumergió sin ceñidor.
Al brotar de las arcanas profundidades,
su mirada inexpugnable examinó al intruso desnudo,
amo y señor de lo descomunal,
festivo
y orgiástico;
gemido en madrugadas agrias por estériles fervorosas.

Lujuriosa y borboteante
(fertilidad lacustre),
se acercó desafiante y voluptuosa,
húmeda y resplandeciente de *cocha* nocturna.
Su embustera mirada imponente
estratégicamente le menospreció el miembro:

«Otros huacas de largos y robustos linajes
me han ofrecido primogénitos
y derramamiento de sangre por mi vientre.
Dudo sobre el valor del tramo y la porción
como único garante».

Hastiado de chicha,
chacchando para amansar su virilidad,
Rucanacoto ofertó:

«Solo la sed es freno.

He de catar tu vida mudada en la Mamacocha,
para vaticinar el nombre de mis nietos.
Tanta agua beba,
tanto tiempo seremos uno».

Sin ilusiones, ella asintió.

El huaca de Mama
enroscó su fulminante trazador de surcos,
restaurador de matrices.

De un efímero sorbo
se adueñó del lago.

Y hoy,
nos embriagamos en Su Nombre,
porque llena de gracia y calatita se la comió.

KChina

Poema-esteratakoreshkoterokalerotiketerojobikalatero

«La distancia que separa a la concepción andina de la occidental en lo que se refiere a sistemas de notación capaces de guardar y transmitir información es un fenómeno que se registra hasta el día de hoy, ya que los quechuahablantes siguen caracterizando su lengua como manifestadora de conceptos que son imposibles de escribir alfabéticamente.»

*Escritura alfabética y literacidades amerindias:
fundamentos para una historiografía colonial andina.*

Rocío Quispe-Agnoli

Chicho, china chitón. El neoliberalismo cambió los noventas. Beckettiano dictaminó que quien no tiene nada, tampoco tiene derecho a rechazar la mierda. Shock, golpe, di-sol-ver. Enchuchó chimbas en comedores populares, vasos de chele y tápers de lúcuma para Cavillaca. A todo pendejito o cachirulo chancón, lo fusilaban en la chacra o el chacón de su drema. Arrechín desde chicoco se le chamuscaron los chicotes. Kenyi; chacachaca con puñete. De chalaca sacan la coca, pa' la gringa loca y lingotes de oro en el yinquén presidencial. Los kilos de merca en la empresa de Tampoco-Tampoco es solo ficción de Marvel. Pura chamba a la champa. País enchanchado de chamulleros al champú. Su conquistador, un chanchero; su kongrezoo, una chanchería. La Chancha Mayor cuchicheaba mafiosamente. La Botica: su Resistencia. Chusco gusto aprofujimontesinista. Y chan chan, ocus pocus, su chiste se amolda a las chispitas y el pica-pica. Achoradaza hasta que el chorro de la jarrita le enfrío el toñochiclote a quien no le importa si se joden diez mil o cuchumil que chapó de cholitos. Campaña de verbo chancroso. Fachada de fantoche facho. Choche, chochera, chocherita, se chifan a tu tía María; la minería; chi, cheñol. El ilógico plan ecológico chicoteaba al Chinoco para chilénizar a chunchos y lorchos. China bien a los chacales de Odebrecht. Recuerda a Berthold Friedrich Brecht: también vienen por ti, agila'ó. Otorongo no come otorongo. Prensa chicha de cuchitril: has

parido indígenas otakuseados y k-poperísimos. ¡¿y el quechua pa' cuando?! Si dejas que el “Plan Verde” de los naranjas se masturbarte en amarillo, nos chiguanearán a punta de chamullada. ¿Aún doteas con Mamanis? Chasqui que no dijo ni chaufa. Frente al fracaso, el fox fue al ñoba pal cox: mandó fax y, sin jalar la cadena, redactó su renuncia y lo banearon. Tres, dos, dos, ¡Gaaa! Popi mostró al madafaka y el chicherío achinó los focos. Le rompieron el chiclayo al chalaco por quinchemil cholacos. Puras cortinas, chimenea chinche, no me nubles la chirimoya con chisme urraco o peluchón. Chaccha como yo y chócate esas cinco, para darles su chiquita y ponerlos en chirona. Descree de los federales bien federicos de la tevé. Olvida el poto y la chichi, chupa el poto de chicha de Chawpiñamca. Tríflico opiáceo, violaste la gramática caputalina de nebrija e insinuaste el huaiquensechawpiscanian, bro. Albert Hofmann y Benoit Mandelbrot. Mariela Barreto chaveteada y decapitada por su amado Santiago Martín Rivas. Brindemos con chata, chela o chicha por los tercós, tercós, tercós, tercós, tercós, tercós, tercós, tercós, tercós, tercós cachimbos cantuteños. Pon a los Sikuris, Papá Chacalón, Los Sanders, Los Chapis y Pascualillo. La lloqlla barrial y neobarrosa arruina y reina la Carretera Central, señor limón de cincuenta lucas y puentes que no se caen, se desploman. ¿Copia o plagio? Extrañará el chuculum y su chupa que chupa la chulapi chueca. ¿Huelga de hambre con pollo frito? Chizito arrugadito del moradito en su nidito chamuscadito. Mucho chongo en el kongreso por los chorifaites. Harto chuchanboy sin choncholí atarantaba las chirimoyas con un chilcano cargado de choros. ¡Fuira, konchatumare! Lárgate con tus chivas y chivilines. No existe democracia que produzca un Señor de la Lloqlla. ¿Chillan estos chistosos por la lluvia? Compatriotas heraclitianos, ningún huatyacuri se entrega dos veces al mismo huaico. Votar desnuda la yugular, capacoche de moderno Wiracocha. Se chorrean las donaciones pa' las chozas; los serenos buenos, rematan tacho, techo y colchón cheque a cheque. Chosica, Sumeria chola y diluvial, ¿qué culpa nos

chantan los apus marginales? Gestapo a la perucha: secuestra, humilla, pateo, escupe, mea, electrocuta, viola, balea, revienta, incendia, descuartiza y de estrella navideña, indulto entre viejos lesbianos. Chorizos y chuchumecas poblarán los escaños con engaños. ¿Cómo chotear a ese chuchonal de chalecos aburguesados? La democracia es chisme de griegos. Cholo mata a cholo en nombre de un concepto. De Lucanamarca a Tarata, de Huanta a Jr. Huanta o en Chosica, patria chica. Recuerda, poeta huarochirano, a tus abuelos les tacharon la lengua de idolatría para cachinearse las huacas. Brasil y Bolivia en la Edad Media. La verdadera guerra es dentro de ti, apunta al tercer ojo de noche y renace de cinco huevos o cajas de leche sin gloria, ni patria. La muerte del cuerpo no anula de hachazo el concepto que la habita, escarbo en mi abuelo para recordar quién fui, versan los hidalgos quechumaras churateros. Ahayuwatan. ¡Abya yala, «kaipi /wañuska / llakta /guaguan. // kaipi / layka-kota / khori-challwa.»! Chacho Martínez magisterial, pechaste la dictadura peruana y oriental. Poema al puente colgante anochecido bajo las sombras del rector del agro y el profesor de filosofía. Les llevaste al Che y en el Bicentenario te siguen parchando en la puerta. Ninavilca alaracoso, pe. Tayta Cáceres no perdió auxiliado por el montonero con el rejón, la galga y la waraka de Pariaccacca. Y en el siglo XX, les entregamos las flores sagradas del valle, y un nada Hermoso Río se las llevó al demencial coño de Montesinos, para enterrarlas y volverlas a enterrar. Pacificación, cruz y ficción. Prostituyeron las universidades lavando y planchando chelines en nombre de Juan Pablo II. Cht, cht, cht, el fosoforito foraja terruquea fácil. Táctica fósil. El esclavo chiquillo postula para la fusta del amo. Endeudada pieza de remache. Abuelo, moneda arrojada al viento, soy ceniza, de ceniza, de ceniza reencauchada en un come papas bateflow. Te recontrapalteas con el runacop que te quita el cob, pa' parchar las bicas y tricas de la triquinosa Cuchichancha, quien cupo a cupo se empacha los frejoles. Sabiduría popular: si no chambea, chorea.

TAMARA PALOMA

Escritora y periodista, ha participado en la antología de cuentos fantásticos y de horror *Mundos en Tinieblas* y en la antología de ensayos *Buenos Aires, la otra ciudad. Una mirada de extranjero en tránsito*. En 2019 publicó su primer poemario titulado *El Otoño de las Horas Muertas*. Actualmente prepara un proyecto de microrrelatos.

Infectados

Mariam y Francisco Urquiza formaban una de las parejas más emblemáticas del barrio. Muchos de nosotros habíamos podido ver cómo habían crecido juntos. Se conocían tanto que parecían leerse la mente. Todos hubiésemos querido tener un amor así. Pero la tarde en que la Casa Belgrano les hizo un extraño regalo por su aniversario 45, sus vidas cambiarían.

La gestión para que el homenaje fuera realizado como parte de las actividades por la fundación del barrio estuvieron a cargo de “La petisa cejona” y Polaco, antiguos vecinos de la zona de la Basílica del Santísimo Sacramento. Años después, nos contaría un allegado a los organizadores que la entrega real del presente la hicieron en una de las instalaciones de Pelligrini, muy cerca de la Estación San Martín.

El obsequio –que en realidad eran dos– estaba en una pequeña caja forrada en terciopelo negro. Podríamos decir que eran dos tarjetas de memoria, muy parecidas a las que se les colocaba a unos aparatos de comunicación electromagnética llamada a inicios de siglo “celulares”, y que aún algunos nostálgicos usan.

Estas tarjetas eran del tamaño de una uña de pulgar y parecían estar hechas de silicona o de algún otro material suave, blando y transparente, lo que permitía ver sus singulares circuitos, constituidos como una red de pequeñas venas palpitantes.

Los viejos estaban un poco asustados. Eran de otra generación y todos los objetos expuestos en las vitrinas proyectadas en el establecimiento donde se realizó el pacto, los intimidaba. La Casa Belgrano era un bazar de regalos con su propio centro de investigación en nanotecnología.

De hecho, el regalo que les hacían a los Urquiza ya tenía algunos años de haber sido expuesto en el mercado, pero se usaba para el desarrollo de contrainteligencia criminal. El transmisor telepático de alta gama Y15, conocido de manera comercial como “Juntos”, sería colocado por primera vez en una pareja, para fines más... digamos... cotidianos.

Los Urquiza firmaron un acuerdo legal de aceptación de responsabilidad autónoma con riesgos colaterales y el compromiso de contrato por un año. Mariam siempre había sido más abierta a las innovaciones y la idea la entusiasmó. Su marido sufría un poco de sordera, y no era secreto para los amigos que esto les estaba causando una serie de malos entendidos domésticos y algunas tontas discusiones. Francisco aceptó el regalo solo por Mariam.

Las tarjetas fueron introducidas en los cerebros de la pareja en un procedimiento ambulatorio que duró poco menos de treinta minutos. Nada del otro mundo. Con el regalo colocado, leerse la mente para los Urquiza, ya era algo real.

El aparato tenía un filtro de disturbios y ruidos mentales que evitaba que la otra persona conectada captara las ideas inconexas y sin estructura clara. Para lograr la conectividad, el alcance de los aparatos no debía sobrepasar los 20 metros a la redonda.

Las pruebas de transmisión telepática dejaron entusiasmada a la pareja.

Al llegar a casa, lo primero que hizo Francisco fue reparar el viejo estante en que Mariam guardaba sus libros. A ella realmente le agradaba ese aparatoso mueble que Francisco tantas veces había querido vender a los ropavejeros. Mariam quedó encantada y agradeció el gesto con una compota de manzana con canela, que Francisco adoraba porque le traía recuerdos de su niñez en Villa Cacique.

Durante algunos días, como jovencitos enamorados buscaron darse gusto en todo. No era necesario hablar para saber lo que el otro necesitaba y los elogios cursis, que a nadie le hubiera gustado oír, fluyeron sin recato.

Pero la novedad acabó y el manto anímico de lo ordinario los alcanzó. No tardaron en llegar las críticas, la evidencia del hartazgo, la sensación de vigilancia, los recuerdos inapropiados dentro de una pareja de esposos, el descubrimiento de pensamientos abyectos de todo calibre, y todo lo que tratamos de ocultar para llevar la buena convivencia o, al menos, una que sea lo suficientemente pacífica para vivir sin sobresaltos.

La degeneración de la relación hizo que cada quien buscara el rincón más alejado de la casa o saliera de esta, para no ser alcanzado por la vigilancia del otro. La frase “querer estar solo con sus pensamientos” tenía un real sentido para Mariam y Francisco.

La idea de una vida más fácil que significó –en un primer momento– poder leer la mente del otro, se había convertido en la maldición que significaba descubrir una nueva infamia y traición a cada instante.

Mariam se refugió en la meditación y el yoga, y Francisco buscó primero en la carpintería, luego en el ajedrez, y en los juegos de computadora, un amparo para evitar los pensamientos

–que aun sin querer– pudieran deteriorar más la relación.

Los años que habían compartido, les impedía plantearse una separación drástica. Las estrategias para alejarse del otro y evitar las batallas telepáticas dentro de la misma convivencia eran la solución pasajera que hallaron.

Pero después de 12 meses, se dieron cuenta de que de esa pareja amorosa que había cumplido 45 años de sólida amistad, solo quedaba un par de desconocidos con intereses absolutamente dispares, un par de individuos desconfiados y decepcionados, que habían terminado declarando a su amoroso compinche, su peor enemigo.

Semanas después de acabado el plazo del contrato por la utilización del transmisor telepático de alta gama Y15, los Urquiza decidieron vender su casa. No se les volvió a ver juntos.

Haikus

Encharcamiento.
El papel está mudo
y el café frío.

*

¿Qué es poesía?
Una luz en el túnel.
Un ferrocarril.

*

Bailaron con el fuego
las mariposas.
Cenizas quedan.

*

¡Y qué! si guardo
mi sonrisa en el cajón
algunas veces.

Haré una casa.
No tendrá puertas.
Soñaré tu regreso.

*

Nos besaremos
¡Ay! la Muerte y yo.
Tendremos flores frescas.

*

Una flor es una flor.
Mas su atractivo
es un enigma.

*

© Marianela Crespo del Río



Papel para aviones

Antología de cuento y poesía

Maestría en Escritura Creativa

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Base 2019

Se terminó de imprimir en diciembre de 2020 por encargo de la Academia Peruana de la Lengua en los talleres de Gráfica Bracamonte de Bracamonte Heredia Gustavo. Calle Eloy Ureta N.º 076. Urb. El Mercurio, San Luis. Lima.

Telf. 326-4440. Correo electrónico: ventas@bracamonte.com.pe.

Tiraje: 500 ejemplares.

Lo que puedo decir de este **conjunto de escritores** con los que he compartido un año de veladas muy buenas para mí y tal vez para ellos es que siempre los voy a extrañar. En pocos grupos he visto a lo largo de toda mi carrera universitaria, que **la literatura** está viva no solo en lo que escriben o leen, sino en los ojos, en esa alegría de vivir hechizados por **la palabra**.

Marco Martos

